

La Ilustración Artística

HEMEROTECA
MUSEO NACIONAL
MADRID

Año XV

BARCELONA 20 DE ABRIL DE 1896

Núm. 747

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIAS

Habiendo reunido los materiales necesarios para la ilustración del cuarto y último tomo de las TRADICIONES PERUANAS, de D. Ricardo Palma, tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que próximamente publicaremos en la Biblioteca Universal este libro, que completa la interesante obra del insigne literato americano y que no dudamos ha de ser acogido con entusiasmo por nuestros lectores, dado el éxito extraordinario obtenido por los tres primeros.

Aunque el tomo que anunciamos puede, por la índole de los trabajos en él contenidos, ser leído con entera independencia de los anteriores, como suponemos que muchos de nuestros suscriptores desearán tener la obra completa, á los que por serlo con posterioridad á la publicación de los tres primeros tomos no los posean, se los ofrecemos al precio excepcional para los suscriptores á la Biblioteca Universal de cinco pesetas cada uno.

Aquellos que no acepten esta combinación y no quieran el

tomo cuarto de TRADICIONES que anunciamos, podrán escoger en vez de éste una de las obras siguientes:

LOS ECOS DE LAS MONTAÑAS, por D. José Zorrilla, con preciosas láminas de Gustavo Doré.

EN FAMILIA, interesante novela de Héctor Malot, premiada por la Academia Francesa, profusamente ilustrada.

LA LEYENDA DE LOS TENORIOS, por D. José Zorrilla, con hermosos dibujos de José L. Pellicer.

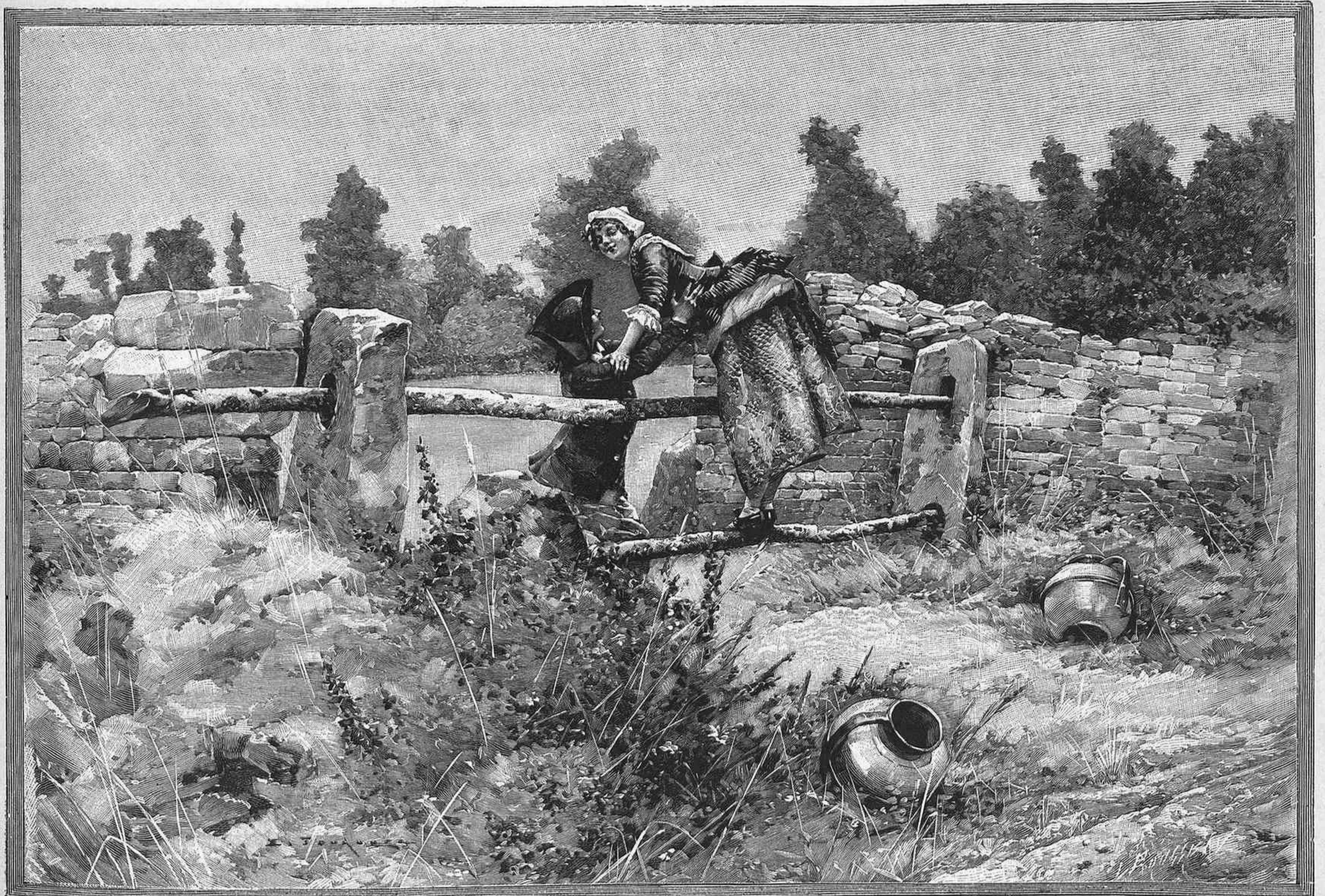
LA GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870-71), por el mariscal conde de Moltke, con profusión de grabados.

LA ÚLTIMA SONRISA, novela de Luis M. de Larra, ilustrada por Alfredo Perea.

Como verán nuestros lectores, en el presente número publicamos un precioso cuento, *Natura*, de D. Narciso Oller, traducido por D. José M. de Pereda. Las firmas de tan ilustres escritores reunidas en *La Ilustración Artística* en un mismo trabajo, excusa todo elogio que pudiéramos hacer de la valía del artículo.

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *Los juegos olímpicos*, por X. - *Tratado de la luz y de la sombra. Mona Lisa*, por R. Balsa de la Vega. - *Natura*, por Narciso Oller, traducción de José M. de Pereda. - *Picaro cómico!*, por P. Gómez Candela. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Problema de ajedrez.* - *El áncora*, novela original de doña Emilia Pardo Bazán (continuación). - *Nuevos descubrimientos hechos en Pompeya. La casa de los Vetti*, por X. **Grabados.** - *Un paso difícil*, acuarela de E. Toudouze. - *Leonardo de Vinci.* - *Retrato de la Gioconda ó Mona Lisa*, por Leonardo de Vinci. - *La guerra de Cuba*, seis grabados. - *La vocación de Juana de Arco*, cuadro de E. Azambre. - *D. José Gener y Batet.* - *Oficiales del regimiento de infantería de la Habana.* - *Waterloo*, cuadro de U. Checa. - *D. Juan Nieto Gallardo* - *D.ª Adelaida A. de Hernández.* - *D. Adolfo Martínez de Baños y Paz.* - *Ernesto A. Duez.* - *Descubrimientos en Pompeya*, cuatro grabados. - *La expedición al Sudán.*



UN PASO DIFÍCIL

copia de una acuarela de E. Toudouze

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La Resurrección. — El Renacimiento. — La Grecia. — Los juegos olímpicos celebrados este mes. — Significación de tales juegos. — Fiestas de Ceres en otros tiempos. — La resurrección y el paganismo. — Conmemoraciones de la siembra. — El esplendor de una primavera. — Detalles y minucias de las fiestas. — Conclusión.

La fiesta de Pascua en el mundo recuerda la fiesta llamada Renacimiento en el tiempo. Así como Cristo resucitó en la primer centuria entre los muertos, Grecia resucitó en la décimaquinta entre los pueblos. Y fueran su destino con su ministerio de tal singularidad, que sus derrotas militares aparecen victorias artísticas. Vencida por la Ciudad Eterna, le dió con sus buriles y cinceles la era más gloriosa en escultura, el siglo de Augusto; y vencida por los musulmanes, nos dió con su lengua y con su filosofía y con su alma el siglo en que brillaron desde Cellini hasta Rafael. Pues diríase que también ahora esparce á los cuatro vientos la semilla de su ideal, y contiene, como una palmera misteriosa en el desierto, polen de vida en alas de su alma, la cual corre como un soplo vivificador en el humano espíritu. Estos días hanse dentro de París, la capital del mundo moderno, celebrado fiestas por la independencia helénica, y dentro de Atenas, la capital del viejo mundo heleno, celebrado juegos olímpicos donde á un tiempo hanse por todos exaltado, como las exaltaban los antiguos griegos, la gimnasia del cuerpo, la matemática del cielo, la lógica del pensamiento, la estrofa del himno, la confederación del pueblo.

Con motivo de tales fiestas olímpicas, en Grecia resucitadas este mes, todos vuelven los ojos á la hermosísima península de las inspiraciones y de los recuerdos. Cuando convertimos el recuerdo á las riberas de Grecia, podemos decir todos los europeos á una, que nos sentimos nacer allí y que reconocemos en los griegos nuestros inmortales padres. Cuantos creen que si la humanidad, por sus recuerdos, allá en lo pasado ha de por fuerza dilatarse, y en lo porvenir por su esperanza, viviendo la divina eternidad que le traen sus ideas, por ninguna parte hallarán tantos timbres y títulos nobles y remembranzas y reminiscencias de gloria como por esas costas helénicas, donde parece haber tenido su día más pleno y su luz más viva el humano espíritu. Caída como una hoja de morera, que así la llaman los poetas todos, entre las aguas; pendiente de montañas donde se arrebola el sol en matices indescriptibles; ceñida por mares celestes, coronados de blancas espumas que besan marmóreas costas de purpurinos y áureos colores; circundada por un doble coro de islas bellas, con coronas de mirtos y adelfas, con sandalias de nácares y corales, Grecia parecerá siempre, por mucho que los siglos pasen y que los hombres crezcan, el templo armoniosísimo de la hermosura perfecta. Por eso podemos decir que si Palestina constituyó la religión dogmática y moral del género humano, Grecia constituyó la religión científica y estética. Todavía los enjambres de sus ideas zumban por los aires de nuestras escuelas y nos aportan á los labios la miel de su ciencia; todavía las sabias nomenclaturas nuestras están copiadas literalmente de sus músicas lenguas; todavía sus dioses, expulsados por el cristianismo de nuestros hogares y de nuestra fe doméstica, reinan en las academias y brillan en los jardines; todavía su metafísica enciende la idea del Verbo sobre las aras de nuestros altares é impele con su soplo vital lleno de inspiraciones las blancas alas de nuestro Espíritu Santo; todavía el matemático admite sus postulados, el sabio su léxico, el arquitecto sus órdenes, el escultor sus modelos, el poeta sus formas, el teólogo su filosofía, y en tal modo, que muerta, enterrada, disyecta en el fondo de su sepulcro, envilecidos sus huesos por las profanaciones musulmanas y disipado su rico ser espiritual en el harén de la servidumbre, con sólo revelar unos bajos relieves entre las viejas ruinas romanas y con sólo traer unos peregrinos naufragos al seno de nuestra Europa moderna, engendró el período más bello y más armonioso de la historia moderna, engendró el revelador Renacimiento.

El rey de Grecia se ha empeñado en resucitar los juegos olímpicos, acaso por cuanto de guerrero tienen; resurrección que muestra cómo en su alma, danesa eternamente, hay algo de sombrío, cual en el alma de Hámlet, su paisano; y á pesar de haber vivido tanto tiempo en tierras de luz y armonía, cómo recuerda las tierras de los combates eternos componentes de su mitología cruentísima. Yo hubiera preferido la resurrección de los festejos eleusinos, consagrados á Ceres, que se asemejaban á las festividades y recuerdos de la Pascua nuestra. Nada más propio de

pueblos adheridos al campo y consubstanciales casi con la naturaleza que su culto religioso al trabajo agrícola. Hoy, dueños casi de las fuerzas naturales, habiendo encontrado en el globo algo de las alas del pájaro, en la máquina del buzo algo de las respiraciones del pez, en el vapor auxilios y cooperaciones á nuestro esfuerzo como no podíamos ni siquiera soñarlos, en la chispa eléctrica fulminantes cetros de rayos y centellas parecidos á los que antaño empuñaban allá en sus alturas los dioses, con tantos instrumentos como entrega y cede al arbitrio nuestro la materia y con tantas fuerzas materiales como se suman á las humanas fuerzas, no podemos comprender lo que valdría para el hombre primitivo, con crueldad por la naturaleza tratado, su implacable madrastra, la invención de aquella lumbré al pedernal extraída, y de aquellos arados cuya punta hendía el suelo, y de aquellas innumerables semillas que arrojadas sobre los terruños á una subían en tallos verdes al aire y acababan por coronarse de áureas y fecundas espigas. No debe, pues, extrañarnos que la imaginación ardiente y creadora de los pueblos en aquel tiempo convirtiera estos tránsitos de la simiente á tallo, del tallo á flor, de la flor á fruto, en el círculo cíclico y poético de tantos dramáticos viajes. Prosperina es la simiente que cae sobre la tierra y se oculta en el crudo invierno á los helados soplos del cierzo, en el terruño, bajo la humedad de las lluvias y el frío de las nieves, así como Ceres por sí es la tierra fría, desolada, invernal, el suelo sin verdor, el nido sin pájaros, el árbol sin hojas, el prado sin flores, el cielo de las nubes y de las nieblas sin luz y sin estrellas. Bien había menester el pobre labrador que unciera los bueyes, ahondara los surcos, esparciera la semilla, una poesía consoladora y una religión altísima que idealizara sus dolores y sus afanes en la estación de las siembras, sus esperanzas en la estación de los brotes, sus satisfacciones en la estación de las cosechas.

Verdaderamente aquella semilla que se oculta en el surco y se pudre y descompone á las acciones químicas de nieves y lluvias; que luego extiende sus raíces tiernas y blancas en el surco abierto por el arado; que más tarde brota, y crece, y vibra en verdes cañas de trigo; que luego se corona de robustas espigas, las cuales al calor del sol se doran y se maduran hasta caer en la siega bajo la hoz y pasar en haces de los sembrados á las eras, en espuestas de las eras á los trojes, en sacos de los trojes á los molinos y de los molinos á las artesas donde el pan se amasa, de las artesas á los hornos donde el pan se cuece para nuestro alimento, ¡ah! esa buena semilla, desde que cae sobre la tierra hasta que se disuelve por la nutrición en nuestras venas, hace un viaje inmenso, como el de los astros por las alturas; verifica una serie de metamorfosis tales, y deja en su camino un riego de beneficios tantos, que bien merece todos los esmaltes del arte y todas las idealizaciones del dogma. Poned á un lado el puñal, el sable, la espada, el cetro, la corona de los reyes ó los instrumentos de los ejércitos, y decidme si pueden compararse con el yugo, con el azadón, con el arado, con la hoz, con el trillo y con el molino. Participemos con Ceres del dolor que le causa la tristeza, la soledad, la desolación de los campos, cuando las hojas se caen, cuando las golondrinas se van, cuando las abejas se callan, cuando las mariposas se hielan, y participemos también de sus alegrías cuando las golondrinas vuelven, y los nidos y las flores brotan, y los ramajes susurrán, y los ruiseñores cantan, y la florecencia universal de risueña primavera promete al estío y al otoño larga cosecha de copiosos frutos.

Apenas hoy se abre un periódico europeo, cuando se tropieza con una conmemoración de la fiesta olímpica. El 6 de abril, segundo día de Pascua, se ha verificado la solemne apertura. El rey presidía rodeado de sus ministros y del cuerpo diplomático, cual pudieran presidirla en otro tiempo los éforos. De las logias y tribunas del campo, se descubren desde las altas cumbres del Peloponeso, hasta las celestes riberas de Salamina. Así abraza la vista el Pentélico, de cuyas canteras extraían las moles en que tallaban los dioses, y el Himeto, desde cuyas cumbres fluían mieles é inspiraciones. El Partenón parece una oda en piedra, y como un casco de Minerva el repliegue de tierra donde campea la incomparable Acrópolis. Conforme van llegando los Caballeros de la carrera, parece que van reviviendo los antiguos tiempos clásicos. Habrá sido maravillosa la excursión á Maratón, donde todos hemos recogido un átomo de nuestra libertad, y encantadora la nocturna excursión en barcas esclarecidas por iluminaciones incomparables entre las aguas del Pireo, en cuyas riberas Platón reveló al mundo con frases inextinguibles el dogma de

la inmortalidad. No se puede sustituir el tiempo con ninguna otra fuerza creadora. Las corridas de caballos en Inglaterra no pueden dejar de ser por modo alguno inglesas, mientras las carreras de caballos en Atenas, por tantas glorias como han acumulado allí los siglos y por los innumerables delegados que han expedido allí todas las razas, parecen ejercicios en que se pule y armoniza el cuerpo entero de la Humanidad. ¡La Pascua, la Grecia, la Primavera! ¡Cuántas resurrecciones! ¡Cuál grandiosas esperanzas en la inmortalidad! Creamos y esperemos.

Madrid, 11 de abril de 1896

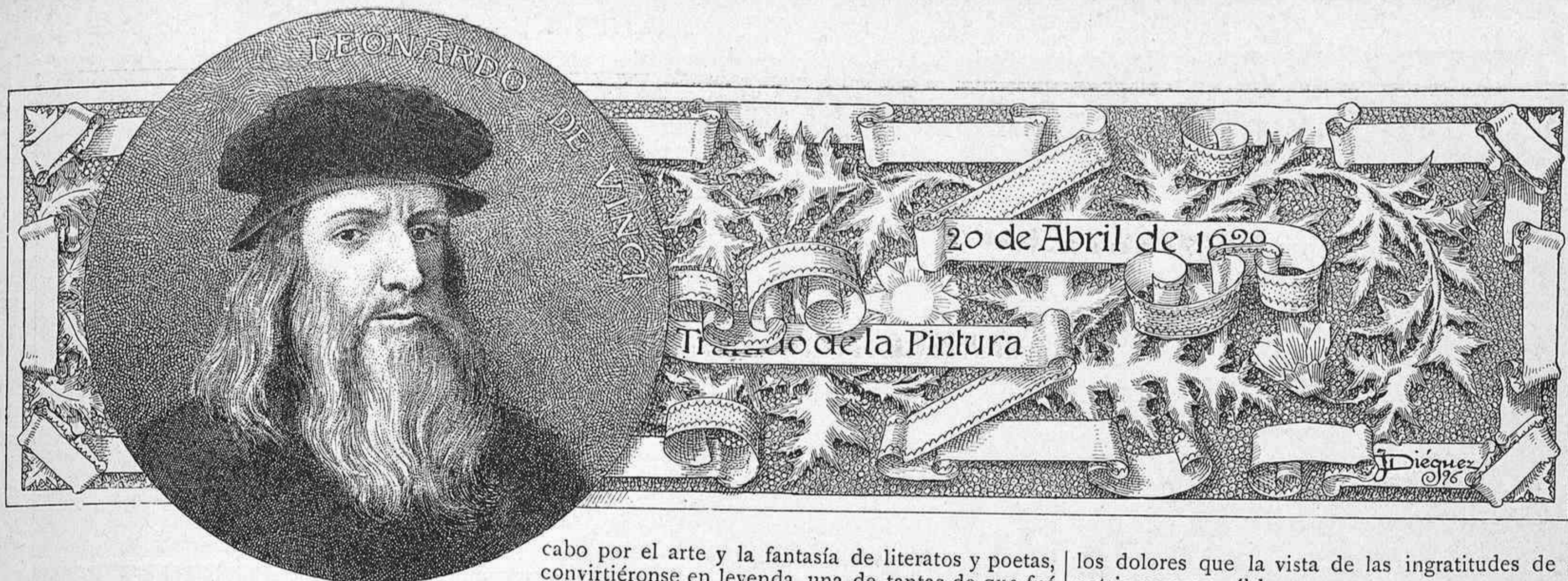
LOS JUEGOS OLÍMPICOS

Después de un largo período de quince siglos, Grecia ha renovado sus famosos juegos olímpicos. Es un hecho curioso que en un país de tradiciones atléticas tan gloriosas, la juventud haya mirado en los modernos tiempos con absoluta indiferencia los ejercicios corporales que tanto apasionaron á sus antecesores. Pero hace apenas dos años algunos hombres de buena voluntad y entusiastas de las antiguas glorias helénicas han procurado revivir dichos ejercicios, empezando por fundar sociedades gimnásticas en todo el país, y acabando por organizar una imitación de las primitivas fiestas olímpicas. El príncipe heredero se ha asociado con gran interés al patriótico proyecto, y por su parte el opulento capitalista griego M. Averof, comerciante de Alejandría, ha proporcionado medios para la renovación de los juegos en el Estadio de los días clásicos. Este hermoso recinto, situado á orillas del riachuelo Thisus, ha sido reconstruido en mármol, dándose en lo posible la estructura que en tiempo de Licurgo tuvo en un principio y que completó posteriormente Herodes Atico.

El golpe de vista que ha presentado aquel espacio el 6 del actual, septuagésimo aniversario de la independencia de Grecia, al inaugurarse solemnemente los juegos, era verdaderamente sorprendente. Por desgracia para el amor propio nacional, los mismos griegos no han contribuído gran cosa en el primer día al mayor brillo de la fiesta. La mayor parte de los triunfos los han alcanzado los americanos, particularmente en el ejercicio del lanzamiento del disco, en el que un discóbolo de Princetown (Estados Unidos) ha vencido á un famoso campeón griego. Las fiestas y ejercicios han debido durar hasta el viernes 10, día en que los vencedores debían recibir como premio ramas ó coronas de plata.

Como queda dicho, más de mil y quinientos años había permanecido silencioso el vasto recinto de los juegos olímpicos, en el que sólo queda alguno que otro vestigio de los grandes templos, gimnasios, teatros y demás monumentales edificios con que á porfía lo habían exornado los antiguos helenos: la última fiesta se celebró en 393 después de Jesucristo; Teodorico I prohibió entonces la continuación de los usos paganos y Teodorico II ordenó la destrucción é incendio de todas aquellas obras maestras del arte arquitectónico. En estos edificios se reunían los griegos enemistados, suspendiendo sus querellas en una *tregua sagrada* para entregarse cada cinco años á los ejercicios corporales que del nombre de la localidad en que se celebraban tomaron el de Juegos Olímpicos.

Todos los pueblos helénicos habían contribuído á la fundación del culto y á los juegos, como lo prueba la variedad de templos, altares, ritos y reliquias. Las invasiones sucesivas llevaron á aquel país, á la Elida, los dioses y leyendas que más adelante se tallaron en piedra y en metal. Los pelasgos consagraron un templo á Kronos (el Saturno latino) en la colina que tomó este nombre. Los fenicios, jonios y cretenses llevaron con su religión una civilización de la que aún se encuentran obras arcaicas. Heracles, el Hércules griego procedente de Creta, dió á la llanura el nombre de Olimpia, y abrió un concurso entre sus cinco hermanos, lo que dió origen al período en que se celebraban los juegos famosos. Estas fiestas quinquenales sirvieron, á partir del año 776 antes de nuestra era, de base al sistema cronológico de los griegos. El país fué invadido por los tesalios, eolios, aqueos y dorios, que llevaron los elementos de sus respectivos cultos, asociados todos en buena inteligencia. En el siglo V antes de J. C. se construyeron las nuevas murallas del Altis y soberbios edificios sagrados. En el II los romanos de Mummio acumularon en ellos las riquezas que después robó Nerón. Cuando la fe declinó, se continuaron por costumbre los viajes á Olimpia, que fué desde entonces lugar de cita de los curiosos, así como de reunión á la manera de nuestras Exposiciones. Después del emperador Adriano, que llenó el Altis de estatuas y dedicatorias, Olimpia dejó ya de desempeñar su papel político y religioso. — X.



TRATADO DE LA LUZ Y DE LA SOMBRA MONA LISA

23 de abril de 1490

Leonardo de Vinci comienza en este día el manuscrito del célebre *Tratado de la luz y de la sombra*. - (?) En este mes del año 1504 adquiere Francisco I de Francia al célebre pintor el famoso retrato de Mona Lisa.

Si algún artista de aquellos que ilustraron con sus obras el Renacimiento en Italia logró fijar su nombre en la historia, rodeándole de esplendores inextinguibles, seguramente que ese artista fué Leonardo de Vinci. Hasta nosotros han llegado casi íntegras las obras de los colosales del arte y el cincel, del de Urbino y Miguel Angel. Al cabo de cuatro siglos todavía admiran las gentes las creaciones gigantescas de esos dos genios, cuya luz alumbrará eternamente la senda que recorra el arte; y en aquellas *stanzi* del palacio Vaticano, y en los muros de la Capilla Sixtina, y bajo las inmensas naves de San Pedro, y en los hermosísimos versos que recogió una sociedad de excelsos poetas, filósofos, artistas y literatos, podemos al presente apreciar la fisonomía moral del pintor de *Galatea* y del que esculpió el *Penseroso*. Mas de Leonardo de Vinci tan sólo restan fragmentos de su múltiple y varia obra; y la leyenda, apoderándose del artista querido del sanguinario Ludovico Sforza, envuelve su figura, si en poética y misteriosa penumbra, en vaguedades que llevan al error, desfigurando al hombre de quien dijo un biógrafo suyo, que por la prodigiosa expansión de su inteligencia merece ser llamado el *ubicuo*.

Las pacientes investigaciones de eruditos, críticos, y de algunos artistas ingleses han despejado algún tanto de fantasías legendarias la vida y la labor de Leonardo de Vinci, y ¡caso raro en la historia!, la figura del gran artista aparece más grande á la luz de la verdad. El retrato de Mona Lisa ha sido una de las producciones del maestro que más han contribuído á que los esfuerzos de la investigación obtuviesen un resultado satisfactorio; y por ser esta obra prodigiosa, modelo del género, es por lo que, aun no sabiendo la fecha de la adquisición, que de ella hizo Francisco I, no vacilo en conmemorarla en este día.

Conoció Leonardo de Vinci á Mona Lisa cuando ya entrado en años y amarguras de todo género encanecieran los cabellos al excelso artista. Bien amado de Ludovico el Moro, de quien hiciera una estatua ecuestre, de cuya belleza sólo ha llegado hasta nosotros la noticia por los elogios de sus coetáneos; acogido en la corte de aquel príncipe, que de modo tan rápido vió perdidos sus Estados y su libertad, con todos los halagos y todo el respeto que su vasto saber y su no superada inspiración de artista merecían, cuando las huestes del rey de Francia ocuparon el Milanésado, de Vinci, fugitivo, errante, decide marchar á Florencia, que á pesar de la *gioia del suo ciel* parecióle siempre lugar de destierro.

La fama de Leonardo, extendida por toda Europa, era en la ciudad de los Médicis sobrado conocida para que la presencia del finísimo pintor, del canalizador del Arno, del físico eminente, del ingeniero militar más grande que contó la Italia de aquel siglo, no fuese acogida con entusiasmo. Desde el príncipe hasta el último ciudadano abrieronle las puertas de sus moradas; y uno de esos ciudadanos entusiastas fué el marido de Mona Lisa, Francesco el Giocondo.

La voz pública forjó anécdotas que engarzadas al

cabo por el arte y la fantasía de literatos y poetas, convirtiéronse en leyenda, una de tantas de que fué héroe el pintor. ¡Ay!, no estaba, no, Leonardo de Vinci, al tiempo de comenzar el retrato de la *Gioconda*, en tono de alegría; el mal que años más tarde había de llevarle á morir en los brazos de Francisco de Francia, minábale ya en el cuerpo, y cristalizando en su espíritu aquellas dotes asombrosas de artista que admiramos en sus figuras, aquel profundo conocimiento de los afectos y de las pasiones que de modo tan asombroso supo fijar por medio de la línea y del color, convirtiérase en espiritual sacerdote de la belleza. Mas la tardanza de Leonardo en dar por terminado el retrato de la bella florentina; la nota de *galante* que el vulgo le adjudicaba en tiempos de su juventud; la asiduidad en el empeño de retratar á la *Gioconda*, asiduidad de más de cuatro años, el cariño que Mona Lisa cobrara al famoso artista, fueron base para que se forjaran cuentos, que si hemos de recordar las costumbres de entonces, en aquella república florentina especialmente, antes que nada celebrábase en ellos una alianza de la hermosura con el arte.

No, no hubo tal; y si en efecto encontró Leonardo de Vinci, como consuelo á sus males y tristezas, un cariño femenino, en la hermosísima cabeza de Mona Lisa puede verse hoy cuán distinto de como lo entendiera el vulgo era aquel cariño. Como dice un crítico francés, casi puede afirmarse que «aquel sentimiento, aquel insondable problema de sentimiento que se revela en la cabeza de la *Gioconda* pertenecía más al artista que al modelo.»

Cuantos críticos, cuantos artistas, cuantos aficionados han tratado de analizar el carácter de la famosísima belleza que Vinci inmortalizó con su pincel, no han hecho más, al exponer sus observaciones, que mostrarnos sus temperamentos, al darnos cuenta de la emoción estética que experimentaron contemplando el prodigioso retrato de Mona Lisa. Ninguno acertada con el del modelo, y si alguno se acerca á la verdad, por seguro tengo que es aquel del cual transcribo más arriba las palabras acotadas.

«Es esa pintura - dice Vasari - más divina que humana, y vive sin embargo cual si fuera la propia realidad, la naturaleza misma.» «Esta tela - escribe Michelet - me atrae, me llama, me desvanece, me absorbe, y á pesar mío voy hacia ella como el pajarillo atraído por la serpiente.» «¿De qué planeta - pregunta á su vez Gautier - ha caído, en medio de un paisaje azul, este ser extraño, con su mirada que promete voluptuosidades desconocidas, y con su expresión divinamente irónica?» «Pocas figuras - afirma Aurora Dudevan - tan conocidas como esta de Mona Lisa, y ¡cosa extraña!, pocas fisonomías han sido menos comprendidas, menos adivinadas.»

Si, Jorge Sand tiene razón; es un misterio impenetrable el del sentimiento, mejor dicho, el de los sentimientos que se amalgaman en aquella faz. La impresión primera que causa es de juventud exuberante de belleza, voluptuosa; después aquella sonrisa que vaga por los finos labios parece un epigrama, una burla del sentimiento primero que nos produce; más tarde, cuando ya completamente absorbidos por el milagro del pincel, creemos hallarnos ante la propia esposa del Giocondo, adivinamos en aquellos ojos llenos de luz, húmedos, que parecen vivir, como latir las arterias del cuello redondo, como fuste de columna mármorea, una calma serena, casi triste, de una alma grande que ha sabido sufrir, que ha sabido esperar.

No os separéis de ese lienzo sin haber saboreado todos sus hechizos de línea, de color, de factura, pues en él está el alma entera de Leonardo artista, de Leonardo pensador, de Leonardo sabio, de Leonardo sin fe política ni religiosa, del Leonardo que piensa en suelo extranjero para ir á morir allí, para olvidar así

los dolores que la vista de las ingratitudes de su patria para con él le causan.

Una de las diferentes obras didácticas que Leonardo de Vinci escribió fué el *Tratado de la luz y de la sombra*, al cual, según Amoretti y por documentos encontrados, sábese que diera comienzo el día 23 de abril de 1490, y cuando ya publicara el de la *Pintura*, único libro que del gran lombardo ha llegado íntegro hasta nosotros y del que existe una edición española de 1784. De este otro *Tratado* solamente algún erudito, y al presente los que en Italia están dirigiendo la recopilación de todos los manuscritos de Vinci (por orden del gobierno) pueden dar noticia. Sin embargo, sábese que al tratar de la luz y de sus fenómenos adelantóse á indicar teorías que los físicos modernos dan como producto de recientes investigaciones. Realmente nada tiene de extraño que así sea, si recordamos que Leonardo de Vinci se anticipó á Copérnico en conocer y explicar el movimiento de la tierra. Para el procedimiento descubierto para la pintura, como para la mecánica la propulsión neumática, etc. En el *Tratado de la luz y de la sombra* aparece por vez primera planteado y explicado el problema de la difracción y de la refracción de los rayos luminosos.

Pronto conoceremos cuantos no hemos tenido la gran satisfacción de leer los escritos del gran artista

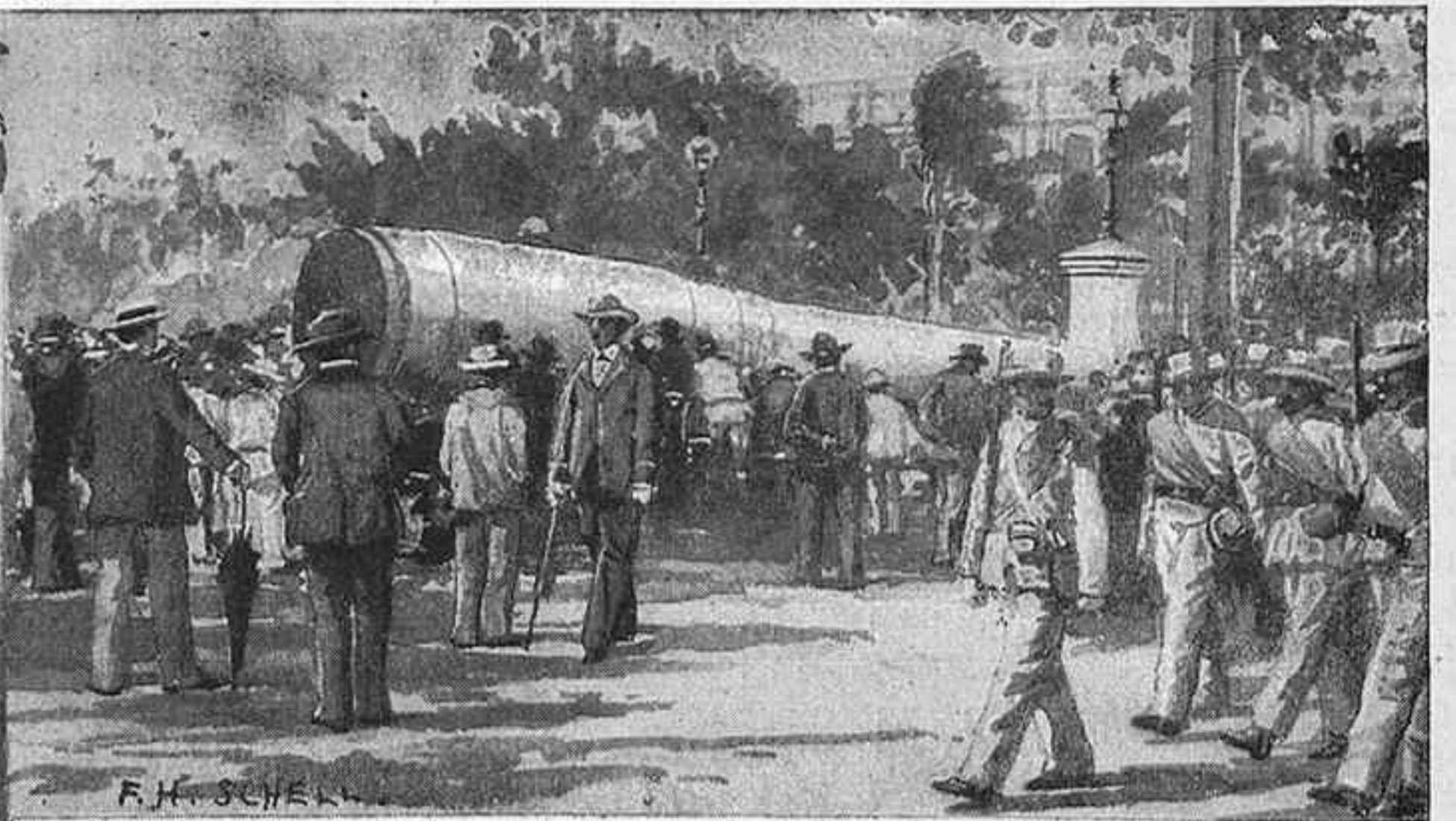
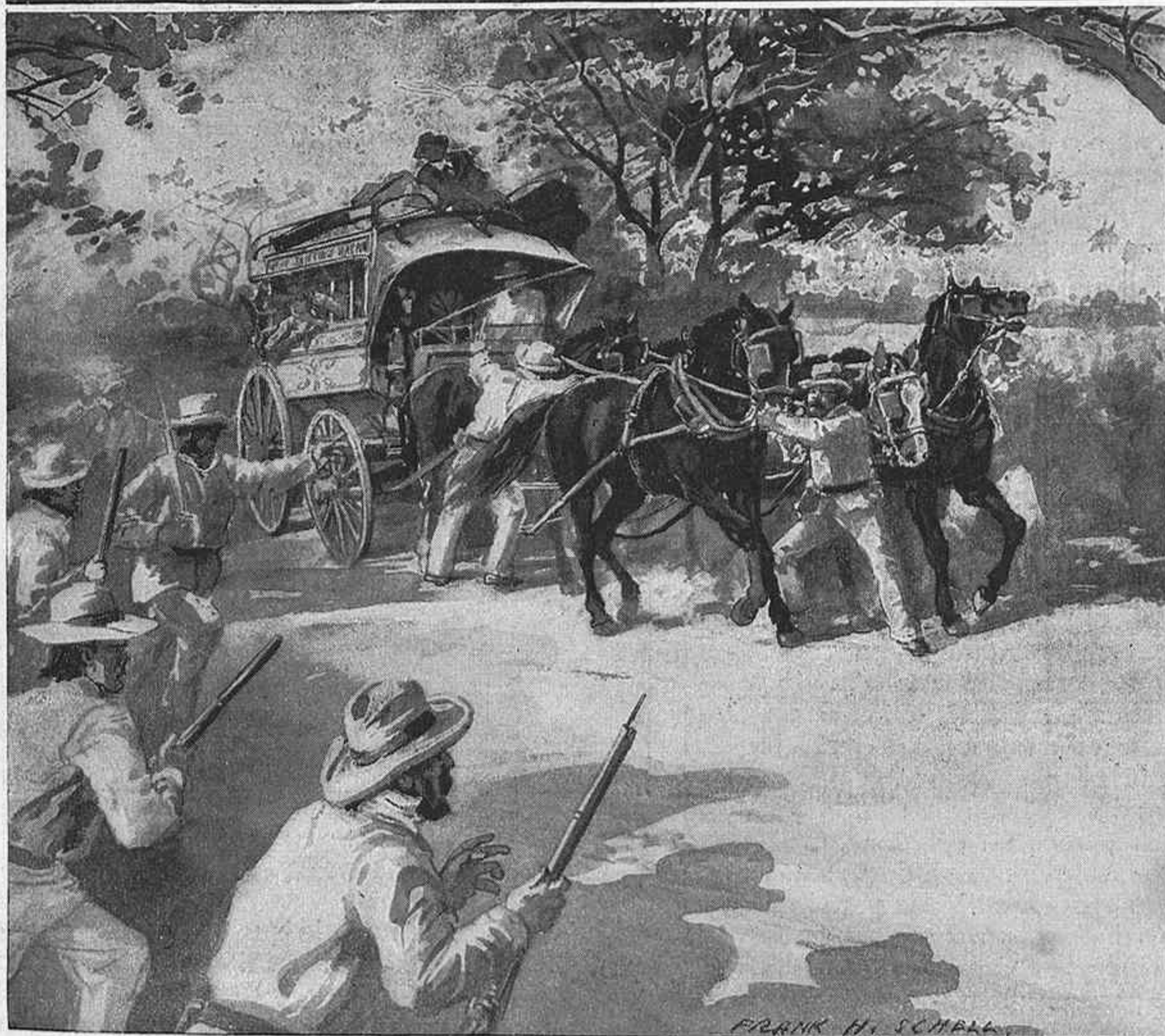
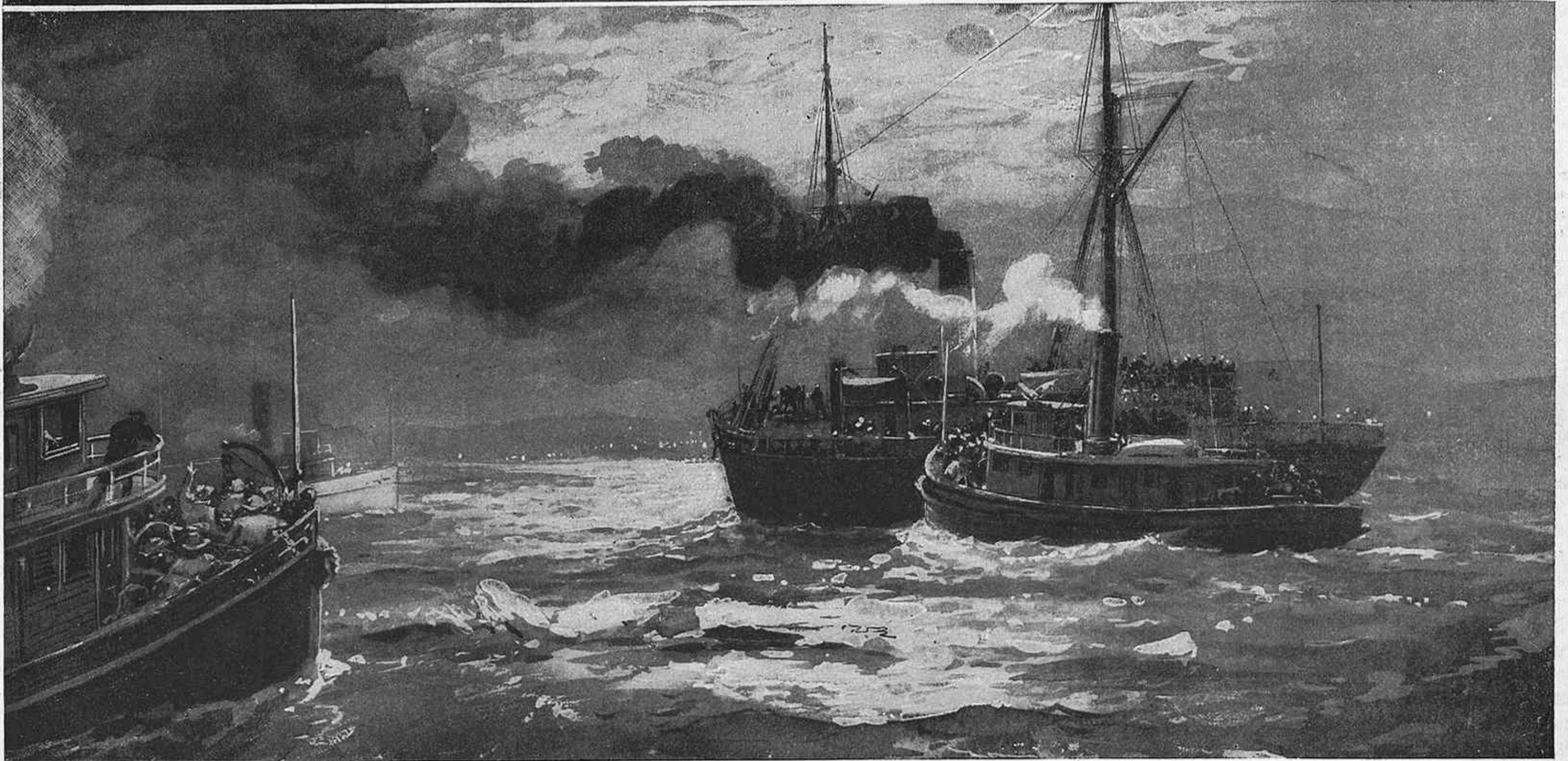
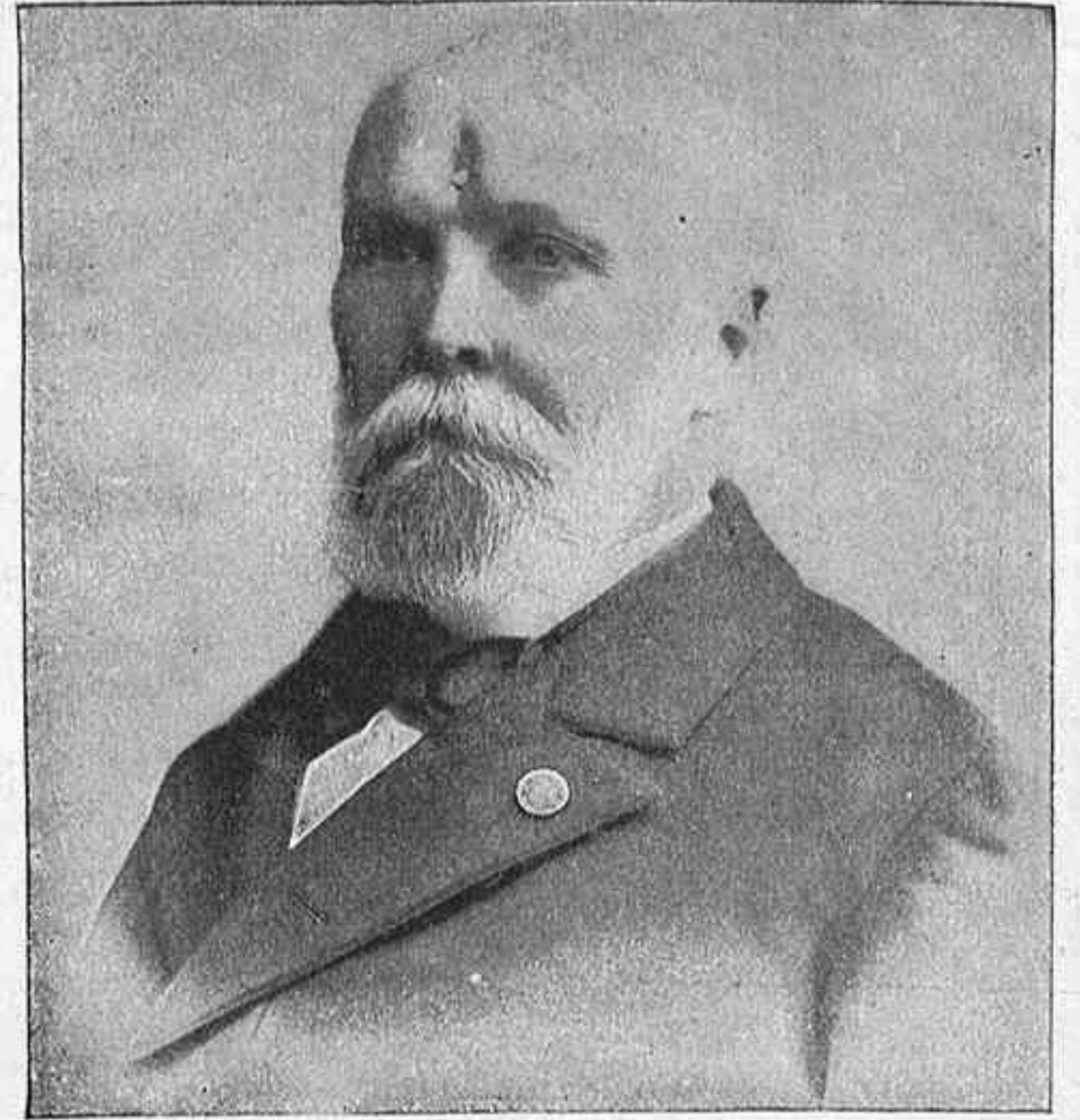


RETRATO DE LA GIOCONDA Ó MONA LISA pintado por Leonardo de Vinci, en el Museo del Louvre

y sabio del Renacimiento lo que escribió de arte, de ciencias físicas y naturales, de literatura, de música, de arquitectura é ingeniería, y de tantos otros ramos del humano saber. Y digo pronto, porque á lo que parece marcha con relativa rapidez la edición en que se recopila cuanto del de Vinci se conserva; aun cuando temo que por aquí seamos de los últimos en gozar de ese beneficio, pues la obra, que consistirá de sesenta cuadernos, cuesta mil ochocientas liras.

Y lo que dirá el ministro de Fomento. ¡Guarda, Pablo!

R. Balsa de la Vega



LA GUERRA DE CUBA. — TROPAS ESPAÑOLAS EN LA HABANA. — EL CABECILLA INSURRECTO CALIXTO GARCÍA. — APRESAMIENTO EN LA BAHÍA DE NUEVA YORK DEL BUQUE «BERMUDA» QUE CONDUÍA HOMBRES Y PERTRECHOS DE GUERRA PARA LOS INSURRECTOS. — GRUPO DE INSURRECTOS DETENIENDO LA DILIGENCIA DE SANTIAGO. — TROPAS ESPAÑOLAS MONTANDO UN CAÑÓN DE GRUESO CALIBRE. — FUERTE EN LA LÍNEA FORTIFICADA DE LA HABANA. (Dibujos de F. H. Schell, publicados en la ilustración inglesa *Black and White*).



LA VOCACIÓN DE JUANA DE ARCO, cuadro de Esteban Azambre

NATURA

POR NARCISO OLLER

Eloy andaba como fuera de sí, yendo y viniendo á cada instante de la alcoba á la ventana y de la ventana á la alcoba para ver siempre lo mismo: en la alcoba á su Gertrudis tendida en la cama, seca, estirada é inmóvil como una percha; en la huerta, desde la ventana, las judías deshojándose y escurriéndose caña abajo, lacias y amarillentas como si las hubieran chamuscado.

«¡Rediós, qué tristeza!» Veintidós días llevaba la pobre mujer sin abrir los ojos, ni remover el cuerpo, ni dejar un momento de exhalar aquel ¡hip, hip, hip!.., aquel gemido de lima fina que todos los de casa tenían atascado en los oídos. Ora febril y ardorosa como una lumbre, ora fría como la nieve, siempre entre la muerte y la vida... ¡les daba cada sorpresa y cada susto!.. Ni el médico, ni el curandero, ni el albéitar, ni el señor cura entendían una jota. Que sangrías, que emplastos, que sanguijuelas, que pócimas, que cruces y oraciones... ¡y nadal!.. Aquella ruina nadie se la quitaba de encima. Estaba tan seguro de enviudar muy pronto, como de morir más tarde ó más temprano. Siempre aquel ¡hip... hip... hip!.. que le taladraba los sesos; siempre aquella boca abierta, reseca y áspera como un esparto, y aquellos ojos hundidos en el cogote, y aquella cara de color de panoja verde; aquella cara consumida por el mal, reducida á huesos y pellejo, ni un asomo de lo que fué, de la cara que tuvo la Gertrudis de otros tiempos.

Después de la cara, contemplaba Eloy el cuerpo, demacrado y sarmentoso, encajado en el hoyo del jergón como en su propio molde. Ni sombra de la otra Gertrudis.

— ¡Y tan guapetona, tan fresca y tan rolliza como había sido!..

— ¡Hip... hip... hip!..

— ¿Qué te pasa? ¿Qué te duele?.. Ten un poco de paciencia... ¿Quieres tomar la medicina?

Y levantando el pistero, le humedecía la boca de negrida, con unas gotas de cordial que impregnaba el dormitorio de un fortísimo olor de éter. La enferma, extenuada y congojosa, devolvía en seguida casi todo lo que había tomado á la fuerza, poniendo en sus ojos, que entreabría á duras penas, cuanta energía quedaba en su instinto de conservación, para implorar con ellos misericordia. Eloy entonces, asustado, le levantaba la cabeza, le limpiaba los labios y le daba golpecitos en la espalda, hasta que, pasado el peligro, echaba á puntapiés al gato que andaba deslizándose por los rincones, espantaba la gallina que asomaba el pico por la gatera, y se volvía nervioso á la ventana.

«¡Rediós, qué tristeza!» Aquellas judías tanto tiempo sin regarse, se iban á morir. ¡Qué color de muertas tenían ya!.. ¡Todo agostado por la sequía! La tierra hecha una escoria; los brotes sin jugo, lacios, mortecinos... ¡Y decir adiós á tantos y tan costosos sembrados!.. ¡Y teniendo agua abundante, y pudiendo alimentarlos, como lo estaban los otros, los del vecino, que daba gusto mirarlos!

Cabalmente era sábado aquel día y volvía á tocarle la vez del riego... ¡Cuando Rosa y el zagal estaban en el mercado, Gertrudis peor que nunca, el médico diciéndole á él: *No te muevas de casa porque se te puede morir*, las horas de regar pasando, pasando, y el mal atollado en la enferma, sin acabar de echarse de una vez á un lado ó á otro! ¡Rediós, rediós! Una semana más, y las judías, sin una hisopada siquiera, se mueren sin remedio. Y gasta lo que no tienes, en médicos, en boticas y en curanderos, y repara cómo se pierde el fruto de esos sembrados, cómo parecen las tomatas y los melonares; cómo la sequía se va chupando todo lo que necesitas, no sólo para pagar á los que no saben curarte la mujer, sino para acopios y labores de la cosecha que viene. Repara, Eloy, y contéplalo bien, con los brazos cruzados, mientras el mal va haciendo su oficio y te consta de toda verdad que si para el de aquí arriba ya no hay remedio, no falta para el de allá abajo.

«¡Y esa agua, esa agua se pierde!» gritó al fin, apretando los puños y lanzando la mirada á los más remotos confines del cielo, en busca de consuelo á su desesperación.

Nueve ó diez piezas de terreno, enfiladas á la larga, como regimientos formados en columna de honor, se extendían á sus pies, festoneando el río por la orilla de acá. Todas eran suyas; pero ¡qué dolor para aquel rudo labriego que se había prometido de ellas el puñado de peluconas que necesitaba para salir adelante, y las veía transformadas en inmenso y mustio cañaveral de otoño, junto á la pompa verde y jugosa de los sembrados colindantes! Cada caña de aquellas (y las había á millares), deshojada y des-

mayándose á un lado y á otro, abandonada y sin amparo de nadie, era una lanza que taladraba el pecho de Eloy; y la comparación de su desdicha con la fortuna de los demás, le removía en el fondo del alma las heces de la envidia, que la ambición satisfecha hubiera mantenido en reposo. ¡Oh, qué rozagante lozanía la de las tierras cercanas á las suyas!

— ¡Hip... hip... hip!..

Eloy, nervioso y desatinado, volvió de nuevo á la alcoba.

— ¿Qué te pasa? ¿Qué te duele? Ten un poco de paciencia. ¿Quieres tomar la medicina?

Pero al acercarse con el pistero á la enferma, un ligero estertor que en ella nota, detiene su brazo.

— ¡Gertrudis... Gertrudis!.. ¿Qué tienes?, le dice con acento cariñoso, movido por la ternura que le despierta aquel estado tan alarmante.

Era la compañera de su vida; la que había sido llevada al altar por él, henchido de esperanzas y de ilusiones; la que le había hecho padre de tantos hijos y con él los había llorado al perderlos uno á uno; la madre de Rosa, único consuelo que en la tierra le quedaba; la que durante treinta años había sido su ayuda y sostén en los afanes de su ruda labor.

Un buen rato permanecieron él mirándola enterrecido y asustado, y ella respirando entre las angustias y el gurjiteo del estertor, con la vista cristalizada y anhelante, plano y estirado el cuerpo, como una tabla. Aquel estertor, primero débil é intermitente, iba acentuándose por momentos y haciéndose continuo. Las cuencas de sus ojos se hundían y amorataban; relucía un sudor viscoso y frío alrededor de su boca, y empalidecía y se le aflaba la nariz... ¡Si serían todas aquellas cosas las señales de la muerte!

«¡Rediós, rediós!» ¡Y él, solo, solo de toda soledad en casa; y los vecinos más inmediatos en el mercado también!

Su mirada, codiciosa de amparo y de compañía, se desbordó entonces por el ancho espacio, más allá, mucho más allá de la ventana, abierta de par en par, como que era el mes de agosto el que corría. El sol, un sol vibrante, deslumbrador, abrasaba la campiña, sombreada en algunos trechos por las masas cenicientas de los olivares, y únicamente el silbido fugaz de algún pájaro que pasaba volando como una flecha y el bronco murmurar del río cercano interrumpían el silencio de aquella naturaleza adormilada. ¡Ni el chasquido de un látigo, ni el tintinar de un cencerillo, ni el chirrido de una puerta, ni el ladrido de un can... nada se atrevía á perturbar aquel silencio imponente, sino el río, el río con las mismas aguas en que se llevaba la savia, el jugo, la vida entera de las agonizantes judías! Y este regocijado alboroto sonaba en los oídos del pobre hombre como un cántico de burla y menosprecio, que le oprimía y angustiaba el corazón.

Había una silla junto á la cabecera de la cama, y en aquella silla se dejó caer Eloy desconsolado y pensativo. Y las horas pasaban, pasaban, llevándose consigo la vida de Gertrudis y la vida de las plantas, sin dejar en cambio una chispa de esperanza consoladora; nada sino la certeza implacable de la muerte. Al fin Eloy, llorando á lágrima viva, se levantó movido por el impulso de una resolución desesperada.

— Mira, Gertrudis, le dice, tú te vas al otro mundo, como buena cristiana que eres, resignada y conforme... Rosa y el criado están ausentes... La de hoy es la tercera tanda de riego que dejo perder... Si no la aprovecho, si hoy no riego, ¡adiós judías!, ¡adiós nuestra cosecha!.. Pero tiene el río para salvarnos una medicina, como no la ha encontrado el médico, ¡rediós!, para salvarte á ti... Esta es la verdad, Gertrudis.

Aquí la enferma abrió un ojo tristísimo y aún tuvo fuerzas bastantes para responder que sí con la cabeza.

— Quiero decir, añadió Eloy, atragantándose, quiero decir que, entre una esperanza de algo... y la muerte... tú que siempre has sido tan *razonable* y has mirado tanto por la hacienda... Vamos, que no sé cómo decírtelo.

Pero la pobre enferma, reconcentrando en un solo esfuerzo todos los alientos de su vida, apretó débilmente la mano á su marido, entreabrió sus ojos y siempre tan *razonable* como su Eloy la quería, le animaba á proseguir, afirmando «que sí, que sí» con la cabeza.

— Quiero decir... que me perdonarás.

— Que sí, que sí, continuaba diciendo con la cabeza la moribunda.

— Que de ésta te lleva Dios... á la vista está.

— Que sí, que sí.

— Ayer recibiste el Viático... Si me voy ahora en busca del señor cura, tendrás que quedarte sola.

— Que sí, que sí.

— Y en cuanto el Señor te haya llevado... tendré que... que amortajarte, ¿verdad?

— Que sí, que sí.

— Pues digo también que, como tú has sido siempre tan *razonable*... Vamos, que si te fuera lo mismo que te..., que te amortajara ahora, podría yo entonces dar una buena rociada á las judías y de este modo sacaríamos avante nuestra pobreza.

Una chispa de fuego en que lucía el santo regocijo de los mártires, centelleó en aquellos ojos casi apagados ya, y la expresión afirmativa de su cabeza fué más acentuada.

— ¡Que sí, que sí!

Entonces Eloy, restregándose los suyos con el revés de la mano, abrió la cómoda; y al rumor de la canturria del río, en que soñaba oír acentos de caridad y de esperanza..., amortajó en vida á su mujer.

TRADUCCIÓN DE J. M. DE PEREDA

¡PÍCARO CÓMICO!

(Cuento del *Saloncillo*)

Decían de él que era un actorcito bastante aceptable, y venía á robustecer esta general opinión el hecho de que López hubiera tenido contratas ventajosas y poseyese algún dinero y bastante crédito.

López cultivaba el género cómico, y era en su vida de fuera de escenario un cómico en toda la extensión de la palabra; pero para que en él fuese todo contradictorio, era un cómico muy serio. Es decir, por tal se tenía el mismo López y de tal se las echaba, á pesar de tener sus aficiones á las bromas y de pasarse los días de turbio en turbio y las noches de claro en claro, ni más ni menos que el personaje de Cervantes.

Pero López, á pesar de su aparente seriedad, tenía una gran desgracia: la de retrasarse siempre á los ensayos, á las funciones, á todo lo que se refería al teatro. Bien podía afirmar la *tablilla* que á las dos de la tarde «se pasaría dos veces» la nueva obra que tenía que «ir» dentro de dos días; López llegaba el último. Se anunciaba un estreno para las nueve y media en punto; López tardaba en bajar de su cuarto otra media horita.

Las funciones principiaban tarde; los ensayos se retrasaban siempre, todo era en vano: á López, ya lo sabían los traspuntes, había que darle la *prevención* dos veces, y no había memoria entre las gentes de teatro de que jamás López hubiera hecho á tiempo una *salida* ni un *mutis*.

Ni que la empresa le multara, ni que se le rebajase el sueldo, ni que el gobernador multase también al empresario por acabar la función después de la una de la madrugada, ni nada bastó nunca para que López fuese puntual. Llevaba adelantado el reloj, se hacía avisar antes que nadie, y sin embargo era la desesperación del director de escena y la preocupación eterna de todos.

Pero qué más, ¡si hasta cuando tuvo que embarcarse para América, donde iba á hacer una campaña artística, perdió el vapor y tuvo que hacer el viaje en otro buque! Si la compañía de que López formaba parte tenía que salir de excursión teatral por provincias, no había que contar con él: perdía trenes, de igual modo que perdió infinidad de contratas.

Era el último que firmaba la nómina; ni aun para cobrar, esa operación á la que tan puntuales son los actores, llegaba López á tiempo, y solía ocurrirle tener que estar una semana viviendo del crédito por no haber cobrado su vencida quincena el día que con letras de á vara *rezó* la tablilla de ensayos el atractivo renglón de *A las doce*, NÓMINA.

Como es fácil de presumir, este defecto de López resultaba á veces una virtud; y esto, unido á que era persona muy competente en asuntos del teatro, un actor de fortuna en la escena y hombre de genio abierto y de natural agradable, hacía que todos le perdonasen las que gráficamente llamábanse entre bastidores «cosas de López.»

Cierto día le llegó á López la hora de abandonar la tierra, y de repente, lo único que durante toda su vida ejecutó con rapidez, hizo *mutis* del mundo de los vivos y su espíritu voló por las regiones desconocidas.

La prensa le dedicó artículos necrológicos, se refirió su vida, desde que de aficionado *debutó* en Martín, hacía muchos años, cuando aún le llamaban *Lopécillo*, hasta que cobró 200 pesos diarios y fué «el distinguido primer actor Sr. López.» Los críticos se devanaron los sesos para hacerle la *semblanza* póstuma y se contaron sus anécdotas. En todos estos trabajos faltó lo característico de López: su retraso habitual.

Ya se había olvidado en la tierra á López, cuando el cómico llegó á las cercanías del quinto cielo.

El ex actor llamó á la puerta, y ya desconfiaba de que nadie le respondiese, cuando un diablillo que por allí vagaba llevóle á presencia de otro diablo de más categoría.

— No llames á esa puerta, mi querido López, le dijo sonriendo el diablejo, te has retrasado mucho y ahí ya no te admiten. Has sido condenado á un sacrificio horrible.

— ¿Vais á llevarme?, preguntó á los demonios el aterrado cómico.

— No, peor mil veces: vete al infierno, comediante del diablo, que allí estarás una temporada divirtiéndonos, y ó te pierdes para siempre ó sales para el limbo.

— Pero ¿qué he de hacer?

— Estás condenado ¡á ser empresario de ti mismo!

Y aún no ha podido saberse el fin de esta historia; pero se cree que López, empresario de López, está de patitas en el infierno definitivamente: dotado de dos personalidades, no logró nunca avistarse á tiempo con su otro él, y el pícaro cómico se dió por sí mismo á los demonios.

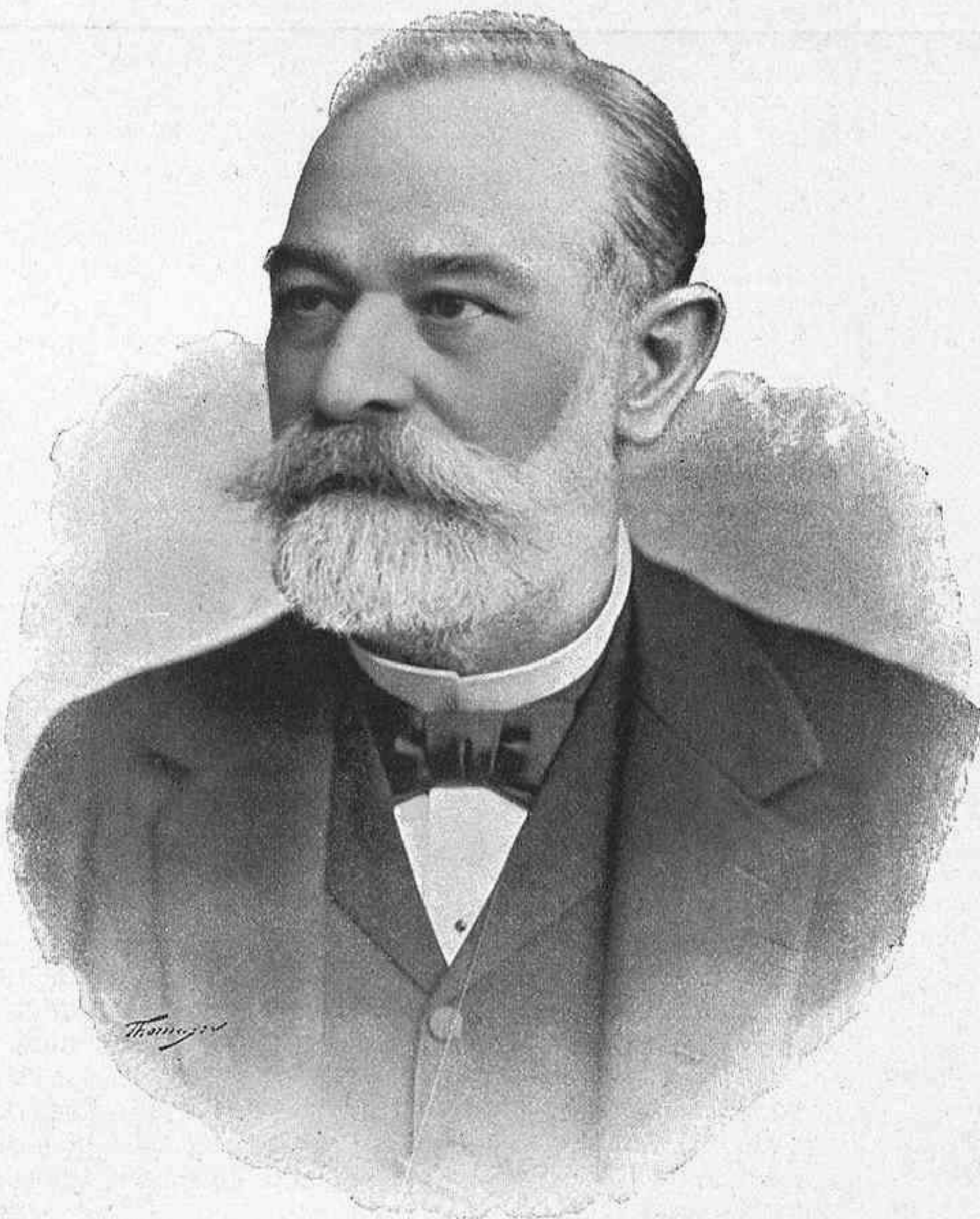
Sirva este cuento de saloncillo para escarmiento de los que se retrasan: no hay que olvidar que «de los adelantados es el reino de los cielos.»

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

Un paso difícil, acuarela de Gustavo Toudouze. — La pintura, como todo lo de este mundo, está sujeta á modificaciones que constituyen la evolución ó la moda, según que las impongan necesidades espirituales más ó menos legítimas ó caprichos más ó menos justificados. Pero en materia de bellas artes hay algo que está por encima de las modas y de las evoluciones, algo que difícilmente se explica, pero que con mucha facilidad se siente. ¿Produce en nosotros un cuadro esa sensación agradable que al pasar de los ojos al alma se convierte en emoción estética? Pues aunque el cuadro no se inspire en las tendencias predominantes, no vacilemos en afirmar que es bello y que responde á las leyes y á los fines inmutables del arte. Tal sucede con la hermosa acuarela de Toudouze: podrán tachar algunos de insignificante su asunto; podrán otros estimar como anticuada su acabada factura; pero como no ha habido todavía un legislador supremo é infalible que haya puesto estas cualidades entre los delitos de lesa estética, atengámonos al efecto que su contemplación nos causa y elogiemos como se merece al artista que ha sabido conseguirlo.

La vocación de Juana de Arco, cuadro de Esteban Azambre. — Muchos pintores franceses se han inspirado, especialmente en estos últimos tiempos, en los episodios más importantes de la vida de aquella heroína de la historia de Francia. El distinguido artista M. Azambre ha interpretado uno de los más culminantes, el de la milagrosa aparición de Santa Margarita, Santa Catalina y San Miguel, dándole un carácter lleno de originalidad y expresando con gran acierto el estado de éxtasis de la doncella de Orleans. Las tres figuras de los santos están también admirablemente tratadas y el paisaje completa el buen efecto del lienzo.



EXCMO. SR. D. JOSÉ GENER Y BATET,
propietario de la fábrica de tabacos *La Excepción*, y coronel del 6.º batallón
de cazadores voluntarios de la Habana
(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

Waterloo, cuadro de Ulpiano Checa. — La mejor explicación de este cuadro la encontramos en la descripción que de la batalla de Waterloo hace Víctor Hugo en *Los Miserables*: la obra de Checa es grandiosa, admirable, magistral y merece que al pie de ella se pongan los párrafos en que el gran poeta describe de una manera maravillosa aquella carga de coraceros que al decidir el memorable combate decidió también la suerte de Europa:

«Hubo un silencio terrible; luego, de repente, aparecieron por encima de la cresta una larga fila de brazos levantados blandiendo los sables, y los cascos, y las trompetas y los banderines y tres mil cabezas de grises bigotes gritando: ¡Viva el emperador! Toda aquella caballería desembocó en la meseta, produciendo un estrépito parecido al de un temblor de tierra.

»De pronto ¡cosa trágica! á la izquierda de los ingleses, á nuestra derecha, la cabeza de la columna de coraceros se detuvo, lanzando un clamor horrible. Al llegar los coraceros al punto culminante de la cresta, desenfrenados, en toda su furia y en su carrera de exterminio contra los cuadros y los cañones, vieron entre ellos y los ingleses un foso, una zanja. Era la hondonada de Ohain.

»Aquel instante fué espantoso. Allí estaba el barranco inesperado, abierto á pico bajo los pies de los caballos, con una profundidad de dos toesas, entre sus dos declives; la segunda fila empujó hacia él á la primera y la tercera á la segunda; los caballos se encabitaron, se echaban hacia atrás, caían sobre las grupas, deslizaban en el aire los cuatro pies, amontonando y arrojando á los jinetes; no había medio de retroceder, toda la columna no era más que un proyectil; la fuerza adquirida para destruir á los ingleses destruyó á los franceses; el barranco inexorable sólo lleno se entregaba; jinetes y caballos rodaron allí en revuelta y horrible confusión, aplastándose unos á otros, no formando más que una masa de carne en aquel abismo; y cuando la zanja estuvo llena de hombres vivos, empezaron á andar por encima y pasaron los demás. Casi una tercera parte de la brigada Dubois cayó en aquella sima.»

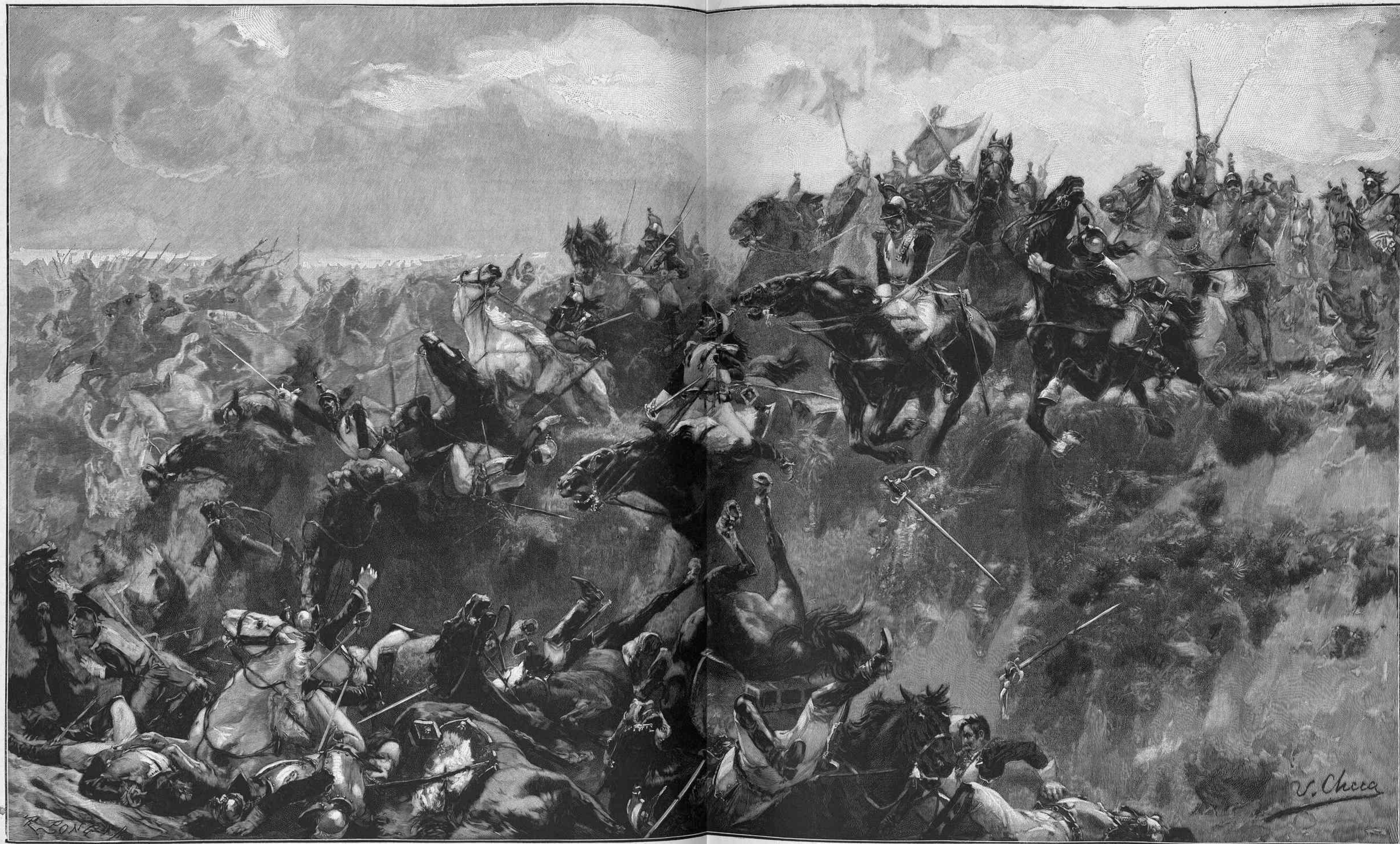
La guerra de Cuba. — Varios son los grabados que publicamos en el presente número referentes á la guerra de Cuba: muchos de ellos no requieren explicación, porque se refieren á episodios típicos, sí, pero de escasa importancia ó, como el fuerte de la línea de la Habana, porque acerca de otros análogos hemos dicho ya lo necesario para dar una idea de esta clase de fortificaciones. Esto y el limitado espacio de que disponemos nos mueve á ocuparnos sólo de aquellos que ofrecen verdadero interés. Uno de los dibujos de la lámina de la página 292 representa la captura del *Bermuda* en el puerto de Nueva York: este barco fué detenido cuando se hacía á la mar llevando á bordo una expedición de insurrectos mandada por el famoso cabecilla Calixto García y multitud de pertrechos de guerra. El apresamiento, sin embargo, no produjo los resultados que eran de esperar, porque á los pocos días las armas y municiones embargadas en el primer momento fueron devueltas á los armadores por el tribunal norteamericano, y los hombres á quienes se encausó no tardaron en organizar una nueva expedición que, á las órdenes del mismo Calixto García, ha logrado, según parece, desembarcar felizmente en la isla de Cuba. Calixto García, cuyo retrato publicamos en la citada lámina, fué uno de los cabecillas que más se distinguieron en la pasada guerra, terminada la cual establecióse en Madrid: á poco de comenzada la actual campaña salió de la corte y dirigióse á Nueva York, desde donde organizó varias expediciones con poco éxito, hasta que al fin, según hemos dicho, ha logrado reunirse con los rebeldes.

Los demás retratos que publicamos son los de D. José Gener y Batet, una de las personalidades más salientes de la Habana y que más se han distinguido siempre por su españolismo, coronel de un batallón de voluntarios de aquella capital y propietario de la importante fábrica de tabacos *La Excepción*; D. Juan Nieto y Gallardo, teniente coronel y ayudante del general Bernal, que durante la guerra anterior se portó heroicamente sirviendo en el batallón de San Quintín, y que en las pocas semanas que lleva de vida de campaña en la actual, pues comenzó á operar en 26 de febrero último, ha merecido por sus hechos de armas, entre ellos la acción de Lomas de Mamey, ser propuesto en juicio de votación para el empleo de coronel; D. Adolfo M. de Baños, teniente coronel del regimiento de Luchana, de brillante historia militar, que combatió bizarramente cuando la guerra carlista y en Filipinas, y que en la presente de Cuba, á la que ha ido á las órdenes del general Weyler, se ha portado como jefe entendido y valeroso, habiendo sido herido en una de las últimas acciones de Candelaria, y doña Adelaida A. de Fernández, presidenta de la comisión de señoras que tanta actividad ha desplegado en la Habana festejando á las tropas expedicionarias.

Publicamos también un grupo de oficiales del segundo regi-



LA GUERRA DE CUBA. — GRUPO DE OFICIALES DEL 2.º BATALLÓN DEL REGIMIENTO DE INFANTERÍA DE LA HABANA
(de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)



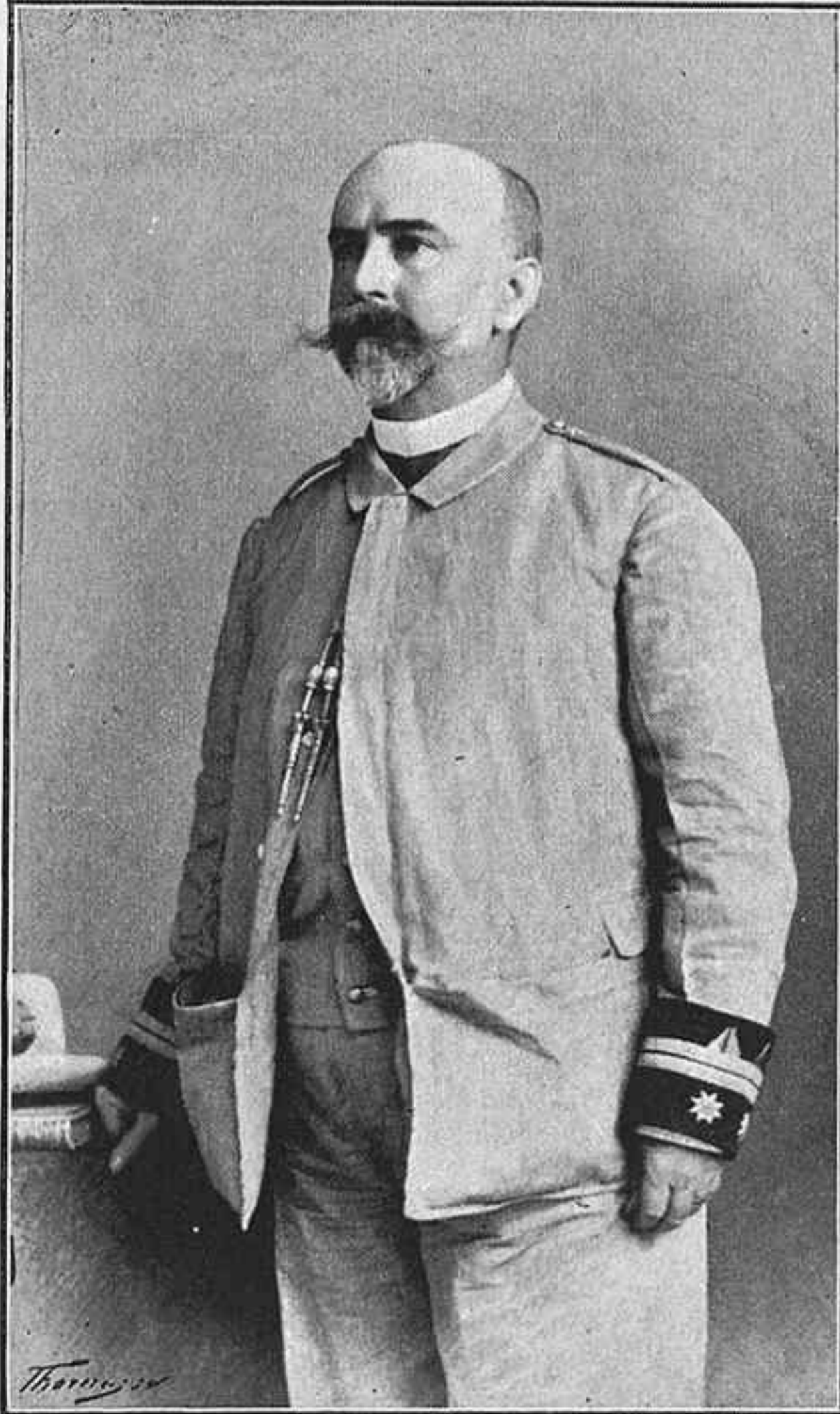
WATERLOO

COPIA DEL NOTABLE CUADRO ORIGINAL DE ULPIANO CHECA

miento de infantería de la Habana, que es de los que más se distinguen en las operaciones actualmente emprendidas contra Antonio Maceo.

Todas las fotografías reproducidas nos han sido enviadas por los reputados fotógrafos de la Habana, Sres. Otero y Colominas, á quienes damos por ello las más expresivas gracias.

El pintor francés Ernesto Duez, recientemente fallecido. - Este célebre pintor falleció el día 4 de



El teniente coronel D. JUAN NIETO Y GALLARDO, ayudante de campo del general Bernal (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

los corrientes, mientras estaba paseando en bicicleta por el bosque de San Germán. Desde hacía algunos días Duez estaba instalado en Bougival en casa de un amigo, y en la mañana del Sábado Santo salió á dar un paseo con su colega Jourdain:



El célebre pintor francés ERNESTO A. DUEZ, recientemente fallecido

á las diez y media sintió un repentino malestar y se detuvo; pocos instantes después su amigo comprendió que su estado era muy grave; en efecto, el pintor estaba agonizando, y cuando llegó el médico exhaló el último suspiro, á consecuencia, según parece, de una hemorragia cerebral. Ernesto Duez había nacido en París el 8 de marzo de 1843 y trabajado en el taller de Pils: debutó en el Salón de 1868, en donde presentó una *Mater Dolorosa*; pero su primer triunfo fué el diptico *Esplendor y miseria*, que figuró en el Salón de 1874 y que valió á su autor una medalla. El género en que más sobresalió fué el de los cuadros de caballete, y todos los años obtenía merecidos éxitos en las exposiciones de los acuarelistas y de los pastelistas con sus flores y sus marinas, de factura elegante y de bellissimo efecto decorativo. Entre sus principales obras deben citarse *Peonías*, *Camino difícil*, *San Francisco de Asís*, *Vieja pescadora*, *La tarde*, *Virgilio en los bosques* y el tríptico *San Cuthbert*, que actualmente se encuentra en el Luxemburgo. Duez era oficial de la Legión de Honor.

La Expedición al Sudán. Embarque de tropas egipcias. - El grabado que publicamos en la última página representa el embarque en la ciudad del Cairo del primer cuerpo de tropas egipcias que desde la capital de Egipto salió para combatir á los derviches. Como de este asunto nos hemos ocupado extensamente en el número anterior, creemos innecesarias nuevas explicaciones, tanto más, cuanto que hasta ahora no ha ocurrido en aquella guerra ningún suceso de verdadera importancia.



DOÑA ADELAIDA A. DE HERNÁNDEZ, presidenta de la comisión de señoras organizada en la Habana para obsequiar á las tropas expedicionarias (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - SEVILLA. - Se ha inaugurado en Sevilla una exposición de pintura retrospectiva sevillana, en la cual figuran obras de Juan Sánchez de Castro, Pedro Sánchez, Juan Núñez, Pedro Fernández, Luis de Vargas, Fernández Guadalupe, Pedro Villegas Marmolejo, Roelas, Pacheco, Alejo Fernández, Lino de Vázquez, Herrera el Viejo, Herrera el Mozo, Polanco, Zurbarán, Bernabé de Ayala, Francisco Varela, Velázquez, Uceda, Castroverde, Juan del Castillo, Murillo, Antolínez, Arteaga y de otros maestros no menos celebrados de aquella famosa escuela, que han sido prestadas por el cabildo catedral, los párrocos de varias iglesias y muchos particulares. Esta exposición notabilísima, que sólo contiene una pequeña parte del inmenso tesoro artístico que aquella capital andaluza guarda en templos y en colecciones particulares, abarca, por decirlo así, toda la historia de la pintura sevillana desde fines del siglo XV á principios del XIX.

ROMA. - En el Vaticano se han abierto nuevamente los seis salones llamados de los Borgias que el papa Alejandro VI se reservó para habitaciones suyas y que habían sido pintadas en 1494 por Pinturicchio, Perino del Vago y Juan de Udine. Hasta 1889 fueron utilizadas como dependencias de la biblioteca, y ahora se destinarán á museo de esculturas de la Edad media y del Renacimiento.

AMSTERDAM. - El gobierno de los Países Bajos ha adquirido por la suma relativamente pequeña de 15.000 florines holandeses, ó sea algo más de 30.000 francos, la rica colección de cuadros y otros objetos artísticos que perteneció al almirante de Ruyter. Esta colección, destinada al Museo Real de Amsterdam, contiene, además de veintiséis cuadros en su mayoría de gran valor artístico, los magníficos bastones de mando regalados al almirante por Carlos II de España, una preciosa fuente de cristal verde con el retrato de Ruyter grabado, varios sables de honor y además una porción de curiosos y muy interesantes documentos.

BERLÍN. - Por iniciativa del emperador parece que se va á dar gran impulso al proyecto de construcción de dos nuevos museos, uno que se titulará del Renacimiento y que ha sido concebido por el soberano alemán, y otro que se destinará á las esculturas antiguas.

- Han comenzado los trabajos de ejecución de los grupos que han de figurar en la Avenida de la Victoria: actualmente están ejecutándose los de Alberto el Oso con los obispos Otón de Bamberg y Wiegert de Brandeburgo, el margrave Otón I con el abad Siebold de Lehnin y el príncipe Pribislaw, el margrave Otón II con Juan Gans de Putlitz y el canónigo brandeburgués Enrique de Amberes, y el margrave Alberto II con Eike de Repkow y Hermán de Salza. Estos cuatro grupos están encomendados á los escultores Schott, Unger, Uphnes y Boese respectivamente. La mayoría de los otros grupos han sido también encargados ya por el emperador á artistas no menos famosos que los citados.

- Una notable fábrica de cerveza ha abierto un concurso para premiar el mejor boceto de cartel anunciador, concediendo tres premios de 2.500, 1.250 y 625 pesetas, y reservándose el derecho de adquirir otros tres, entre los que no resulten premiados, por 375 pesetas cada uno.

- En el salón de Amsler y Ruthard se ha verificado una interesante exposición cronológicamente ordenada de grabados en colores japoneses, que comprendía los mejores ejemplares conocidos desde principios del siglo XVII hasta 1860, y en la que estaban representados los principales maestros, empezando por el célebre Moronolu, que vivió allá por el año 1700, y acabando por Hokusai y Hiroshige y sus sucesores.

MUNICH. - La Asociación Artística de Munich inaugurará el día 1.º de junio su acostumbrada exposición anual, que se cerrará á fines de octubre. Los envíos se recibirán del 10 al 30 del presente mes.

Teatros. - Barcelona. - En el Liceo ha comenzado la actual temporada con el estreno de la ópera en cuatro actos del maestro Puccini *Manón Lescaut*: la obra es de corte italiano, contiene algunas piezas muy inspiradas y está muy bien instrumentada; el público la acogió con aplauso, haciendo repetir varios números. En la ejecución de esta ópera rayó á gran altura, como actriz y como cantante la Sra. Tetrassini, que ha hecho de Manón una de sus mejores creaciones; el tenor Moretti cumplió bien y los demás artistas desempeñaron sus papeles

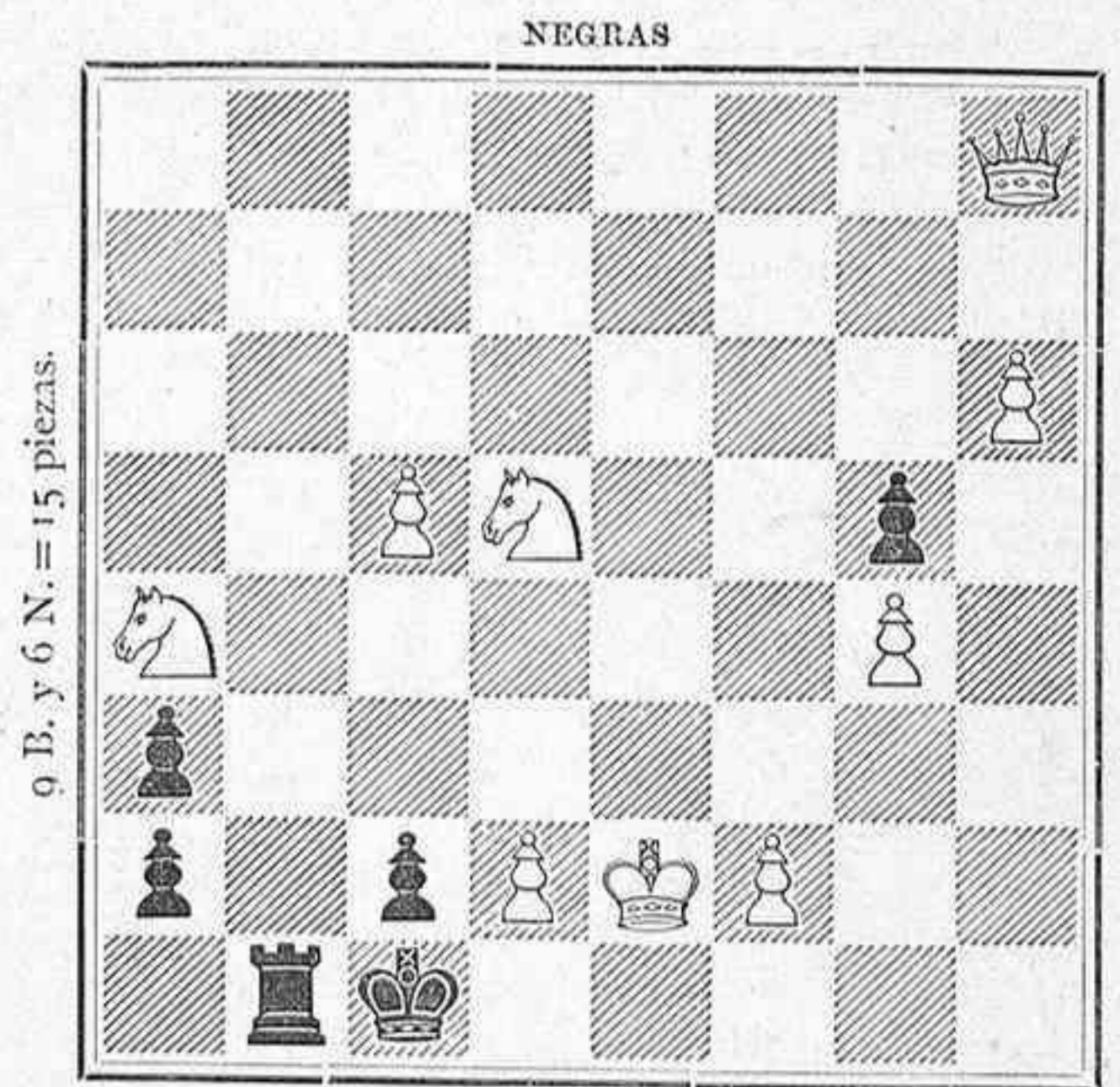


El teniente coronel D. ADOLFO MARTÍNEZ DE BAÑOS Y PAZ (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

con acierto. La orquesta, dirigida por el maestro Campanini, nada dejó que desear. En el Principal ha debutado con buen pie la compañía de María Alvarez Tubau de Palencia que ha estrenado con buen éxito *La eterna cuestión*, esbozo dramático en tres actos de Enrique Gaspar, interesante y muy bien escrito, y *La praviiana*, bonita comedia en un acto de Vital Aza. En Novedades se ha estrenado con aplauso un episodio dramático en tres actos y cinco cuadros de D. Isidoro Martínez, titulado *Familia y patria*: la acción de la obra, que se desarrolla en la isla de Cuba y se enlaza con la guerra separatista, es interesante y entra de lleno en el género patriótico. En Romea se han estrenado con buen éxito *La Ilupia*, juguete en un acto de Conrado Colomer, y *Una poma per la set*, graciosa pieza en un acto de Lamberto Escaler. En el Eldorado, Frégoli hace las delicias del público que todas las noches llena aquel teatro y no cesa de aplaudir al simpático y original artista.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 15, POR JOSÉ ROMERO



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 14, POR M. DE ZAMORA

- | | |
|-------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. R 2 D | 1. C 3 T R (*) |
| 2. T toma A | 2. R toma T |
| 3. C 7 R | 3. Cualquiera. |
| 4. D mate. | |

(*) Si las negras juegan 1. C 2 R, Ja solución sigue así: 2. C toma C, 2. A juega; 3. T 8 A D jaque, y 4. T mate, - y si 1. A toma C; 2. T 8 A D jaque y 3. T 8 C D mate.

EL SIMONCILLO

NOVELA ORIGINAL DE DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN. — ILUSTRACIONES DE CABRINETV.

(CONTINUACIÓN)



los gemelos del palco de la Rojas al de la esposa ofendida, y aunque ésta se encontraba un poco retirada al fondo, desde el sitio que ocupaba Gonzalo pudo verla y sorprender, en el expresivo juego de su fisonomía, la amarga crisis sentimental que en aquellos momentos se producía en el alma de la señora. Sin darse cuenta del porqué, sintió Gonzalo algo que pudiera llamarse pena, como si la cuestión le interesase mucho más de lo que razonablemente le podía interesar, lo cual atribuyó al mismo hecho del parentesco, que entraña cierta solidaridad, y así como hace partícipes de la gloria y los honores á los de la misma sangre, les envuelve también, cuando delinquen, en la misma deshonra. Sintió Gonzalo ira y se propuso

cortar toda relación con su primo, aun las de mera cortesía que iba guardando y conservando hasta entonces. «No tengo — pensó — otro medio de protestar... Protesto en la forma que puedo contra ese baulaqué. Y en acabándose el acto me voy, porque entre lo mal que cantan y el espectáculo que da Ginés, me siento estomagado.»

Cuando subiendo bien la chalina de seda para tapar la boca cruzaba Gonzalo el pasillo que conduce á la salida de la gente de á pie, detúvose admirado: por el mismo camino salían la marquesa de Benalí, acompañada de la Pimentel, que parecía darla el brazo y sostenerla. En la cara, en la actitud de la dama, se revelaban tan inequívocas señales de congoja y desfallecimiento, que Gonzalo se precipitó á ofrecerse, á preguntar, á prodigar un auxilio que parecía indispensable, y fué tan oportuno, que en el mismo instante de emparejar con las dos señoras el primo de Benalí, Fernanda, vencida por sus nervios é incapaz de desahogarlos con la benéfica explosión del llanto, caía pálida y rígida en brazos de la Pimentel, y era sostenida por Gonzalo con energía poderosa.

— No grite usted, no pida aquí auxilio — exclamó él, sin perder la sangre fría. — No le dé usted á... ciertas personas... el gusto de que se enteren. Déjeme usted á Fernanda y venga detrás...

Y cogiendo por la cintura á la dama, sin dar tiempo á que ni los acomodadores ni el empleado de la taquilla — únicas personas que andaban por allí — se enterasen del asunto, Gonzalo corrió hasta depositar á Fernanda dentro del primer coche de alquiler que esperaba á la puerta. Entró la Pimentel detrás, y Gonzalo escaló el pescante, dando al cochero unas señas y espoleándolo con el ofrecimiento de tal propina, que el desvinciado alquilón salió echando venablos y desempedrando las calles, ni más ni menos que si lo arrastrasen dos *pur sang* llenos de brío.

IV

Impetuosa fué la carrera, pero corta, casi momentánea, pues tal vez no tardó tres minutos en detenerse bruscamente á la puerta de una casa de buena aparien-

cia, en la plaza de la Encarnación. Abierto y alumbrado se encontraba el portal, y Gonzalo, abriendo la portezuela, dijo á la Pimentel, que se mostraba entre curiosa y confusa:

— ¿Ha recobrado el sentido? ¿Puede bajarse, ó la bajamos como se pueda?

— Está mejor... Creo que puede bajarse.

— Sí puedo — respondió una debilitada voz.

Y Fernanda descendió del coche, mirando con sorpresa alrededor suyo. Ofrecióle Gonzalo el brazo, y en él descansó la dama, para franquear los dos pedáneos de mármol, tapizados de terciopelo verde oscuro, que conducían al piso bajo ó *garçonnière*, cuya puerta abrió respetuosamente un lacayito. Gonzalo hizo entrar á las dos señoras en la sala, que abrigaba el suave calor de la chimenea, y encarándose con Fernanda, á la cual acababa de instalar en un sofá, dijo:

— Si te sientes mejor, descansarás y tomarás una taza de tila con antihistérica, y te retirarás cuando ya no quieras seguir honrando mi casa; si estás lo mismo ó peor, dílo francamente, para que llame al médico, que vendrá en un santiamén.

— Gracias, Gonzalo, estoy mucho mejor, acepto la tila, que acabará de reponerme — contestó Fernanda sonriendo, y algo menos desencajada y pálida ya. — No sé qué ha sido lo que me ha dado, ni acostumbro desvanecerme así. Me parece ridículo, y me alegraré de que no se haya enterado nadie.

— ¿Te sentías mal cuando te retiraste del palco? — preguntó Calderón con mal reprimida y aguda curiosidad.

— No; el síncope me acometió al salir. Sin duda el frío..

— Desazonada estabas ya, no lo niegues — intervi-



... tenía distribuido el día entero...

— María — respondió Fernanda, dejándose caer en el banco de terciopelo, — lo que te aseguro es que me ahogo y que me voy á marchar del teatro ahora mismo. No son celos, porque ya sabes que murió el amor: es asco, es vergüenza, es repugnancia, es que necesito estar sola y que la cabeza se me abre de jaqueca ya. Palabra de honor: me siento enferma.

— ¿Pero y el coche, hija? Lo habrás pedido á la hora de salir, como de costumbre...

— Iremos en un simoncillo. Por Dios, no te opongas. Vente á tomar conmigo una taza de te. Ya le enviaré luego el coche... á... Ginés. Pero ir con él esta noche, reunidos en una berlina estrecha..., ¡me sería imposible!

A tiempo que decía estas palabras en voz sorda la angustiada Fernanda, en las butacas sucedía algo que podría tener influencia en su destino. Era que un hombre, un caballero, fatigado de la representación y de lo que estaban degollando á *Carmen*, y tal vez de algo más, se levantaba impaciente, enfundaba los gemelos, y salía en demanda de su abrigo, con propósito de recogerse á su casa, donde le aguardaba hermosa estufa de leña y los periódicos y libros predilectos. Llamábase este caballero Gonzalo Calderón y Tavera, y era primo en segundo grado del marqués de Benalí, con el cual tenía semejanza fisonómica, pero ninguna moral, antes al contrario, no existía en Madrid quien tuviese del marqués de Benalí más pobre idea que su deudo Calderón, ni quien censurase más acerbamente su comportamiento y la necia disipación y escándalo de su vida. Soltero y joven aún, pues no contaría más de treinta y dos años, Gonzalo no rehuía la sociedad ni tenía horror á las distracciones; pero la crápula, el descoco y el alarde de inmoralidad repugnaban profundamente á su alma delicada y llena de rectitud, y solía decir que si hubiese un código con sentido moral, el hombre que se conduce con una mujer como Ginés con la suya, debía estar en presidio. La franqueza con que Gonzalo había manifestado su disgusto y su antipatía hacia Ginés, tenían tan entibiada la relación de los dos primos, que bien puede decirse que Gonzalo no visitaba á los Benalís sino para darles las Pascuas de Año Nuevo. Sin embargo, las madres de Gonzalo y Ginés habían sido amigas íntimas y tiernas.

Aquella noche, Gonzalo, al pasar la inevitable revista de palcos, había visto encuadrarse en el ocular de sus gemelos el grupo ilícito y descocado de Ginés y *Angeles peores*. El asombro le inmovilizó un momento, pues no creía que, á pesar de ciertos antecedentes y de no pocas exterioridades, llegase el marqués de Benalí á tal extremo hallándose presente su mujer. Por natural é impremeditado movimiento pasó

no la Pimentel, indiscreta y vehemente como de costumbre. — Un color se te iba y otro se te venía...

— Lo noté — dijo sin reflexionar Gonzalo.

— Pues yo no notaba cosa ninguna — replicó Fernanda acentuando su negación, como para prevenir frases que no quería escuchar, y que tampoco hubiese pronunciado Gonzalo.

— Y diga usted, salvador nuestro — exclamó la Pimentel festivamente, — ¿este es su palacio?

— Mi choza — respondió él en el mismo tono.

— ¿Chocitas con sofás de Aubusson y alfombras persas? No andan mal alojados los pastorcillos del día. A ver, enséñenos usted el rebaño y las ovejuelas... Lo que me parece es que hemos sido algo incorrectos — *very shocking* — en dejarnos raptar por este Melibeo. ¿Qué dirán los lores, luego de nosotros?

— Las he traído á ustedes aquí — respondió el joven dirigiendo la disculpa exclusivamente á Fernanda — porque vivo á dos pasos del Real, y mi prima vive nada menos que en el barrio, y para llegar á su casa tendría que tardar media hora. Además, tal vez sea preferible que en su casa *nadie* se entere de que se indispuso. De todos modos, ella me juzgará, y si fui culpado, me condenará. Sentiría muy de veras haber andado torpe, y si Fernanda cree que aquí no está en donde más se la venera, ó si sólo cree que su presencia aquí es por cualquier motivo inadecuada, que me retire inmediatamente la satisfacción y la honra que está haciéndome, y á las cuales le viviré siempre tan agradecido.

Fernanda fijó en Gonzalo los serenos ojos, y respondió con graciosa dignidad, ciñéndose más al cuello la estola de chinchilla que completaba su rica salida de teatro:

— Por Dios, Gonzalo, si sólo tengo atenciones que agradecer... Estoy aquí muy bien, y á nadie le parecerá otra cosa; me autoriza María, y á falta de María, nuestro parentesco y... *nosotros mismos*. En prueba de que estoy contenta, tomaré con mucha calma la tila. No tengas miedo, *nadie* me echará de menos...

Salió Gonzalo á dar órdenes, y quedaron las dos señoras examinando curiosamente la salita, en la cual los estantes con libros y las repisas con antiguos bronces formaban la mejor decoración. En un ángulo, cubierto por ancha y bordada tela antigua, hallábase el largo piano Erard, uno de esos pianos de aficionado, tan distintos del vulgar y mesocrático *vertical*, que atruena á diario los oídos. Comprendíase que aquel piano era un amigo, un confidente, un compañero del que lo tenía en su habitación, y que cuando los dedos del dueño recorrían el teclado, debían de transmitir algo de su alma al marfil de las teclas. Algo parecido á esto se le ocurrió á Fernanda, y como se le ocurrió lo dijo, en tono confidencial, á María, oyéndolo Gonzalo que volvía á entrar á la sazón, y que en el acto, sin remilgos de *virtuoso*, alzó tela y tapa, y se sentó, empezando una suave y ensoñadora divagación sobre motivos de Beethoven. Habíase sentado Fernanda vivamente en un sillón al lado del piano, y cerrando los ojos, recostando la cabeza en el respaldo mullido, dejábase llevar en alas de la música, advirtiéndose en sus nervios una deliciosa impresión de calma y como si todas sus fibras se relajasen y distendiesen, en una paz y un olvido profundo de todas las luchas y los dolores pasados. No era la música que Fernanda oía ningún prodigio de ejecución; no era Gonzalo ningún maestro de esos que *dominan* las dificultades; era sólo un corazón que guiaba una mano y que á veces gemía y se quejaba por medio de ella, y otras por el mismo camino ascendía al cielo de las ilusiones, entre rosadas nubes. Nota por nota iban cayendo en el espíritu de Fernanda como un refrigerio, tanto más dulce cuanto más inesperado y repentino, y una inexplicable sensación de ventura, una ola de juventud, corría por sus venas, llenando su pecho... Cuando Gonzalo, después de una vibrante serie de acordes matizados en firme *crescendo*, dejaba apagarse poco á poco la melodía y morir con una blandura quejosa que se parecía al gotear de las lágrimas, Fernanda sintió, como había sentido antaño al oír una copla popular, que se humedecían sus ojos, y avergonzada sin saber por qué volvió la cara hacia la sombra.

Hay situaciones cuyo encanto consiste en que nadie las advierta, las defina ni las profane con una palabra ó una observación indiscreta. Diríase que el alma tiene el mismo instinto de pudor que el cuerpo, y que no quiere ser sorprendida. Fernanda, atónita de sentir que lloraba, hizo lo posible por esconder el llanto y porque nadie observase aquel enternecimiento inexplicable y repentino. Pero la incorregible Pimentel, capaz de cualquier sacrificio menos de refrenar la lengua, se encargó de exclamar á voces:

— ¡Calle! Ha puesto usted una pica en Flandes, Calderón... Es la primera vez que veo conmovida á Fernanda.

En ciertos momentos y ante ciertas indiscreciones, el que sepa tomar nota del proceder de un hombre, puede decir que le conoce tan á fondo como si viviese en su compañía algunos años. Fernanda, á quien sus precoces desilusiones habían enseñado á desconfiar, temió instintivamente que Gonzalo, al oír á la Pimentel, fijase en ella una de las miradas que cuando no son inconvenientes son ridículas; y es indudable el bienestar que experimentó al ver que Gonzalo, tan confuso como un niño, volvía el rostro también, y levantábase para rehuir mejor el impensado triunfo... Fueron todas estas impresiones fugaces, instantáneamente recogidas al fondo del alma por el sentimiento de las conveniencias; y cuando un cuarto de hora después, Fernanda llevaba á sus labios la taza de tila y absorbía el primer sorbo alabando el gracioso decorado del ejemplar de porcelana del Retiro, nadie hubiese sospechado que momentos antes una profunda y dramática situación se había producido entre aquella señora tan correcta en su amable familiaridad y gratitud y aquel caballero tan rídiculo y respetuosamente cortés. Las almas, un momento asomadas á los ojos, habían vuelto á cerrarse y replegarse; ya no rizaba el más ligero estremecimiento la superficie del rostro. Fernanda achacaba al malestar del síncope la emoción causada por la música, y Gonzalo se apresuraba á aceptar esta explicación y á corroborarla con observaciones propias. El auxilio de la desahogada María Pimentel fué eficaz para dar á la conversación un tono menos embarazoso y completamente libre de preocupaciones internas. Sin embargo, como la maldita charlatana era imposible que no llevase la entrevista á un terreno resbaladizo, la dió por alabar hiperbólicamente el orden y el *confort* de la casa de Gonzalo, y por relacionar este orden con su soltería.

— ¡Claro! ¿Cómo ha de sentir usted la necesidad de una mujercita, si lo tiene usted todo hecho una tacita de plata? ¿Esta sala no podría estar más coquetona, aunque la arreglase la hada de las Perlas! ¡Digo! ¡Qué cortinajes, qué estufa, qué *bibelós*; hasta tiene flores frescas!.

— Me alegro — dijo Gonzalo — que me lo recuerde usted, porque así podré ofrecer á ustedes algo que las agrade... Ya pondremos en el coche la canastilla — añadió. — Pero, mi discreta amiga, permítame usted que proteste enérgicamente contra ese criterio que usted acaba de manifestar. Soltero estoy, y mi casa no huele mal ni tiene telarañas; sin embargo, conste que ni tengo el mal gusto de jactarme de mi soltería, ni creo que los hombres deban casarse para que les barran bien el piso. ¿Qué tiene que ver, señora, dígamele usted por su vida, el más ó menos *confort* que todo el mundo puede conseguir si tiene un criado bien enseñado, con la felicidad que sólo da una unión... como hay bien pocas? ¡Ah! ¡Si viese usted qué fatigado está uno de oír recomendar la vida conyugal como se recomienda la ropa de franela ó el salicilato! Hasta se me figura que esas recomendaciones son en parte las que le tienen á uno soltero...

Oía Fernanda con toda su voluntad, pero callaba, pareciéndole, quizás por lo mismo que la conversación la interesaba tanto que casi la tenía suspensa, que el terciar en ella la causaría cierto rubor, como el que causa cometer una indiscreta demasía. Gonzalo prosiguió:

— Una de las cosas más hermosas y más grandes que existen es el matrimonio; pero pocas habrá más echadas á perder en general, por las costumbres y por esa ligereza casi brutal que todo lo gasta y lo basta, que todo lo arrostra y lo deprime. Créalo usted, señora de Pimentel, yo soy soltero... por culpa de ese medio ambiente deletéreo y malo en que se respira. Soy un hombre sin valor y sin convicciones, porque á tenerlas, me formaría mi mundo propio y daría un puntapié á ese mundo cuya vanidad conozco..., en fin, la conozco hasta el extremo de que me hace sufrir. Veo la verdad, la hermosura, lo santo, lo augusto, lo incomparable de ciertos lazos... y no lo sé realizar, no sé dar cuerpo á mi sueño. Imagino que podrá existir por ahí, por el mundo, por alguna parte, una mujer capaz de sentir como yo y de tener igual concepto de la vida..., y no me resuelvo á buscarla, porque el dolor de no encontrarla me asusta y me horroriza casi. El miedo al desengaño me impide agenciarme la dicha, y ahí tiene usted cómo soy un infeliz Tántalo, que ni aun se resuelve á buscar el agua con la boca...

— ¡Ay, hijo mío! — exclamó la Pimentel con fervor. — ¡Si me parece usted un santo y le voy á encender dos velas ahora mismo! Viuda estoy por lo mismo que usted soltero: por creer que todos los hombres (por lo visto, excepto usted) son unos pillos que merecen la horca.

— Señora, mire usted que yo... — murmuró Gonzalo riendo á su pesar.

— No, no, que usted lo dice con palabritas muy bordadas y por todo lo alto, y yo lo expreso con más lisura, pero que creemos lo propio: que ni hay mujeres para usted ni hombres para mí... Y que el buey suelto se lame tan ricamente.

— No es eso. Si yo... Me hace reír..., señora... Si yo..., yo me lamo detestablemente. Hay días en que me encuentro tan inútil, me siento tan triste y tan solo... Pero dejémonos de estas tonterías — exclamó Gonzalo, comprendiendo que á poco más la conversación tomaría un tinte ridículo.

— He bebido la tila; me siento muy bien... Vámonos, María, después de darle á mi primo las gracias. Adiós, Gonzalo; no puedes figurarte lo que te agradezco tu amabilidad — murmuró la señora incorporándose y buscando con la vista su abrigo, que Gonzalo se apresuró á traer y á colocarla en los hombros.

— Perdóneme si no he sabido recibirte bien — dijo respetuosamente Calderón al ofrecerle el brazo. — Os acompañaré hasta tu casa en el pescante del coche...

— Te pido por favor que no... Prefiero que nadie sepa que... que me he puesto mala.

— Tienes razón. Nadie lo sabrá por mí — respondió Gonzalo en voz baja, con significativa vehemencia.

— Gracias — respondió ella en voz que, involuntariamente, hizo de miel la turbación y la simpatía.

Dentro ya del coche, la Pimentel dió á Fernanda al codo.

— ¡Qué lástima, hija! Sin salir de la familia pudiste elegir mejor que tu maridito... ¿Sabes que este anacoreta que tiene su casa llena de flores parece cortado para tu genio?

— María — respondió Fernanda ciñendo á su amiga los brazos al cuello, — si me tienes lástima, no aludas siquiera á ciertas cosas. Bien sabe Dios que siempre he mirado con horror á las mujeres livianas; que siempre la traición y el engaño me han parecido lo que son, un asco... Pero en este momento, ya ves, en este momento se me figura que antes que imitar á los que se revuelcan en su infamia..., óyelo bien, María, óyelo, ¡me arrojaría de una ventana del quinto piso! No es virtud, no es que me la eche de santa: es que creo que aun cuando me rodeasen ahora todas las seducciones del infierno y del cielo juntos... no habrá quien me aparte de mi camino... ¡Cai-gan todos, menos yo!

— ¡Ay, pobrecita! — exclamó la Pimentel. — ¡Qué mala señal! Estás más enferma de lo que parece...

V

Nada transpiró de la escapatoria, porque dos de las personas en ella interesadas la callaban, quizás por recordarla excesivamente, y la tercera, la bulliciosa y provocativa María Pimentel, también supo callarla por amistad, por pasión, por el fanatismo afectuoso que la inspiraba la poco feliz marquesa de Benalí. Es de las cosas más difíciles, en la siempre ardua investigación de los móviles de los actos humanos, el saber si muchas acciones reprobadas no se inspiran tal vez en generosos móviles, y si á su vez ciertas acciones buenas en sí las dicta un motivo acaso censurable, si lo depurásemos detenidamente. Sin duda que entre los sentimientos de la Pimentel — sentimientos que ella no se había cuidado de pasar por tamiz ni de encauzar rectamente, sino que los había dejado crecer como crecen lozanos é indisciplinados los brotes del árbol, echando ya frutos, ya espinas y nudosos ramos, — uno de los mejores y más nobles era el de la amistad; pero esta amistad revestía algunas veces formas egoístas: la Pimentel no quería ver sufrir á sus amigos, y por quitarles el frío una noche era capaz de prender fuego á Madrid por los cuatro costados.

Impetuosa en su cariño, la desenfadada viuda, aunque no profesaba abiertamente principios de relajación y de inmoralidad, ni mucho menos, olvidaba completamente la existencia de otros principios cuando se trataba de no ver padecer á los que quería. Para la Pimentel, que conservaba, como sucede á muchos, bajo la corteza del elevado trato social el sentir fogoso y sin freno de las clases populares, ninguna clase de principios existía, no había nada abstracto, nada que dependa de la ley moral; y sólo el hecho, concreto, inmediato, de relieve, con sus accidentes sensibles, tenía valor y fuerza. Hay más: como toda persona dominada por el sentimiento, la Pimentel no sabía calcular la serie de consecuencias y el reato de dolor y de infamia que lleva consigo muchas veces la satisfacción de un anhelo sentimental. Aunque la experiencia y la observación debieran haberla adoctrinado, jamás perdía la Pimentel las ilusiones del candor que todo lo ignora, y su mano no temblaba al combinar atrevidamente circunstancias y sucesos que podían causar terribles explosiones. Si alguna vez pensaba la Pimentel en los resultados po-

sibles de su química insensata, lo hacía á la manera fatalista, confiando en la suerte y poniendo á «Dios sobre todo.»

Hasta tal punto desoía la viuda los consejos de la experiencia, que, por ejemplo, al tratarse de Fernanda Benalí, creyóse completamente autorizada para intentar buscar algún consuelo á su amiga, fundándose en las palabras que ésta había pronunciado en el coche, y que, según la impresionable María, eran prenda segura de que en ningún error censurable podía incurrir Fernanda. Después de tales protestas, de tal explosión de honradez, ¿qué temer ni qué recelar? ¿No era justo, en cambio, proporcionar á la sacrificada víctima algo de inefable y delicado consuelo?

Repito que tales cosas no las reflexionaba la Pimentel; ni las formulaba así para su sayo. Las sentía, que es muy diferente. Cuando racionamos, puede el raciocinio echar abajo lo que el mismo raciocinio levantó sobre mezquinos fundamentos; pero lo que el sentimiento fabrica de un solo golpe, con el valor increíble de su potencia plástica, no lo destruye ni el ariete de mayor empuje. Ya hemos dicho que era difícil censurar ó condenar, al menos en su origen, los móviles que á la Pimentel guiaban. En efecto eran desinteresados y hasta tenían algo de hermoso, en este caso concreto. Viuda intachable (ella decía que por conocer bien á los serpentones de los hombres), la Pimentel era capaz de creer que sólo un hombre merecía que en su favor se hiciese una excepción... y este hombre había de ser el que pudiese aliviar las penas de Fernanda.

Un incidente, de esos que parecen no abrir huella, pero que marcan una transformación en un espíritu, vino á empeñar más á la Pimentel en ciertos planes que ya acariciaba. Cierto día, al entrarla el chocolate, diéronla con él un billete, en cuyo sobre reconoció la letra de la marquesa de Benalí. El billete, muy lacónico, sólo decía: «Ven esta noche á las once menos cuarto. Si te dicen que he salido, vuélvete á tu casa. Si no, entra. La explicación de este enigma ya te la daré de palabra, si es que esta noche no nos vemos.»

Otra menos viva y exaltada que la Pimentel se hubiese sentido picada de curiosidad al leer semejante epístola. Daba vueltas á su contenido, y cada vez lo encontraba más misterioso y extraño. Las vueltas que dió María á la carta no son para descritas. Forjó dos ó tres novelas cada cinco segundos. Ganas la dieron de adelantar la explicación, pero tenía distribuido el día entero: almorzaba en casa de los Alcántaras, salía á paseo y tiendas con Conchita Minglán, tenía que no faltar al te de la Legación de Dinamarca, y comía después en casa de unos primos muy puntillosos y exigentes, los Sres. de Cardoné. Imposible desgajar, de día tan atareado, la hora necesaria para salir de dudas. Estuvo en todas partes distraída y preocupada, y antes de las diez y media pidió en casa de Cardoné que le trajesen un cochecillo, y salió en volandas hacia el hotel de los Benalís. «Sólo faltará — pensaba — que no me reciba, y que tenga yo que quedarme hasta mañana con el bollo sin cocer en el cuerpo.»

Respiró cuando el criado, saludándola de la manera entre respetuosa y familiar con que acogen á las personas gratas los domésticos bien amaestrados, alzó el portier pronunciando el sacramental «Suba la señora. La señora marquesa está en sus habitaciones.»

María devoró la escalera, cruzó antecorredores y salitas, y entró como un rehilete en la pieza donde hemos visto á Fernanda, de vuelta del baile rosa, contemplar su hermosura con algo de fiebre y de vanidosa satisfacción inocente, amargada por otras consideraciones de desdicha. «¡Fernanda, Fernanda!» gritaba la Pimentel, pero no recibió respuesta; y no encontró á su amiga, hasta que la tropezó con el pie... Fernanda estaba allí, pero caída, inerte sobre la alfombra. Temblando, precipitándose, loca de emoción, la Pi-

mentel alzó á Fernanda y la arrastró al diván semicircular que rodeaba en parte el tocadorcito. Al pronto la creyó desmayada, pero luego hubo de convencerse de que no había síncope, ni ninguna privación de sentido, sino una especie de estupidez, un estado de esos en que el alma se niega á toda espontaneidad y no ejerce, por lo tanto, acción sobre el cuerpo, que queda como abandonado, semicadáver. La cabeza de Fernanda rodaba sobre el respaldo del diván; sus brazos caían á lo largo del cuerpo, y las manos, frías y pálidas, se abrían como para soltarse y desasirse de todo. Lo que más extrañó María fué ver á Fer-

— ¡Mira tú, qué fenómeno! Pues es raro, porque un sujeto que tanto lo merece... Vamos, tranquilízate, ánimo, cuéntame eso...

— No le quiero ya, María. Y mira, esto es mucho más horroroso que lo otro: que la convicción de que él no me quiere... ¡Y cuidado que cuando adquirí esta certidumbre, te aseguro que me pareció que se acababa el mundo! Pues mayor, más terrible ha sido la impresión de hoy: ¡convencerme de que no le quiero ya, de que ni un resto de aquel cariño sobrevive al desprecio y á la antipatía! Por eso he caído al suelo y me he revolcado en él; ¡porque esto es peor de lo que yo me temía!

— Pero ¿qué ha pasado, mujer? En resumidas cuentas, ¿qué ha pasado? Porque algo pasó muy gordo, hijita.. A ver, entérame..., ¡si es que te sientes con fuerzas!

— Sí — respondió Fernanda rehaciéndose con esfuerzo heroico. — Lo que ha pasado es bien sencillo. Historia de todos los días. Hoy era el aniversario de mis bodas. Siempre lo festejaba Ginés. Había regalito de joya, y *soirée* íntima. En tal noche siempre me sonreía la esperanza. Elegí esta noche para obedecer á los buenos consejos, para intentar algo, para mostrar mi herida y que me la curasen. Ginés, después de comer, mostró intención de salir. Hablé, rogué, agoté los medios todos..., algunos hasta indignos..., porque..., ya lo ves..., me puse así... este traje... ¡Qué vergüenza!

Hubo un instante de silencio; porque la Pimentel misma, ante el triste caso, sentía agotada su facundia.

— Hablé de esta fecha..., recordé otras..., todo lo hice, todo... Era mi marido, mi dueño legítimo, el único hombre á quien sin rubor puedo querer. Todo en balde: repulsa, frialdad, indiferencia... Y yo también, por dentro, indiferente, alegrán-

dome casi de que se frustrasen mis esfuerzos... Y cuando ya le vi salir, y comprendí que iba á casa *de esa*, y conocí que no sólo no me afligía, sino que casi, casi me regocijaba, ¡sí, me regocijaba con amargo regocijo!, porque tampoco yo..., también yo..., entonces..., María..., entonces... ¡ay de mí!, me aborrecí á mí propia, y me dejé caer en el suelo, y así estuve, deseando morir, hasta el momento en que tú entraste.

Seguía callando la Pimentel. Sin duda buscaba en los repliegues de su viva imaginación una fórmula que resumiese del modo más expresivo aquella situación extraña, inverosímil, y sin embargo tan verdadera y tan profunda. Y como no la encontrase, salió del apuro con una de sus rabotadas, ora donosas, ora cónicas y hasta una miaja chulescas. Cruzóse de brazos ante Fernanda; la miró hasta dentro del alma; sonrió picarescamente, y meneando la cabeza exclamó:

— Ya sé yo de qué mal se va á morir el marqués de Benalí, D. Ginés Tavera, muy señor mío y de todo mi aprecio. Se le van á pegar los escrupulitos de su cara mitad, y como es enfermedad que no perdona, enterrarán juntos á los dos amantes esposos... Digo, á él le enterrarán con los *ángeles*.

VI

Y resolvió para su moño — bastante alborotado por más señas — la Pimentel, que aquella situación era insostenible, y que á ella la competía tomar cartas en el asunto, buscando un medio de que á la pobrecita Fernanda la fuese más llevadera su espantosa soledad.

No pensaba en nada concretamente malo la Pimentel. Deseaba, sí, que su amiga se reconciliase con la vida, asiéndose á una de esas briznas de felicidad que crecen en el país de los sueños. Era poética á ratos la Pimentel, y hasta sabía perderse en los laberintos de las sutilezas más vaporosas. A pesar de su lenguaje crudo y pintoresco, de su malicia y de su trastienda mundana — que á veces remedaba conocimiento del corazón, — había un rincón para el culto del ideal en aquel espíritu que alguien creará generosamente altruista.

(Continuará)



... se sentó, empezando una suave y ensoñadora divagación sobre motivos de Beethoven

nanda vestida con primor y coquetería suma, arrugando aquel traje del baile rosa, aquella obra maestra del gran modisto, que sin duda la oprimía el talle y ayudaba á su malestar. La Pimentel, con presteza de mujer que conoce las artimañas del tocador, aflojó á su amiga, mientras las preguntas de rúbrica acudían á sus labios.

— Pero ¿qué es esto? Fernanda, ¿no tienes juicio? Hija, ¿quieres matarte? Infeliz, mira que lo primero eres tú... A ver, ahora mismo pido el te... ¿Te llevo á la cama? ¿Llamo al médico por teléfono en seguida? Monina, pobre, paloma... A ver. Di, ¿qué es esto?

— Gracias, María — dijo al cabo la Benalí, arrancándose el elegante corpiño y arrojándolo lejos de sí con tedio. — Tráeme la bata de franela, por Dios... y déjame que me rehaga un poco... Tu voz y tu presencia me hacen bien. Por favor, no lames á nadie.

Trajo la Pimentel la abrigada bata, y después de vestírsela á su afligida amiga, la calentó las ateridas manos llegándolas al pecho, y la besó cariñosamente en la frente.

— Ya sabía yo, María — dijo Fernanda por fin — que esta noche no tendría más compañía que la tuya, ni más consuelo que el de tu amistad. Lo sabía, pero somos incorregibles... y yo he querido que no me quedase ningún recurso por agotar, ni ningún remordimiento de no haber intentado todo lo que intentarse puede. Me han acusado de que mi altanería, mi reserva glacial, mi indiferencia, podrían ser la causa de que mi esposo...

— Noñerías del Padre Alorda — exclamó furiosa la Pimentel. — Después de que tu marido te trata á puntapiés, quiere que le des confites. No he visto cosa más tonta que los santos, hija mía del alma.

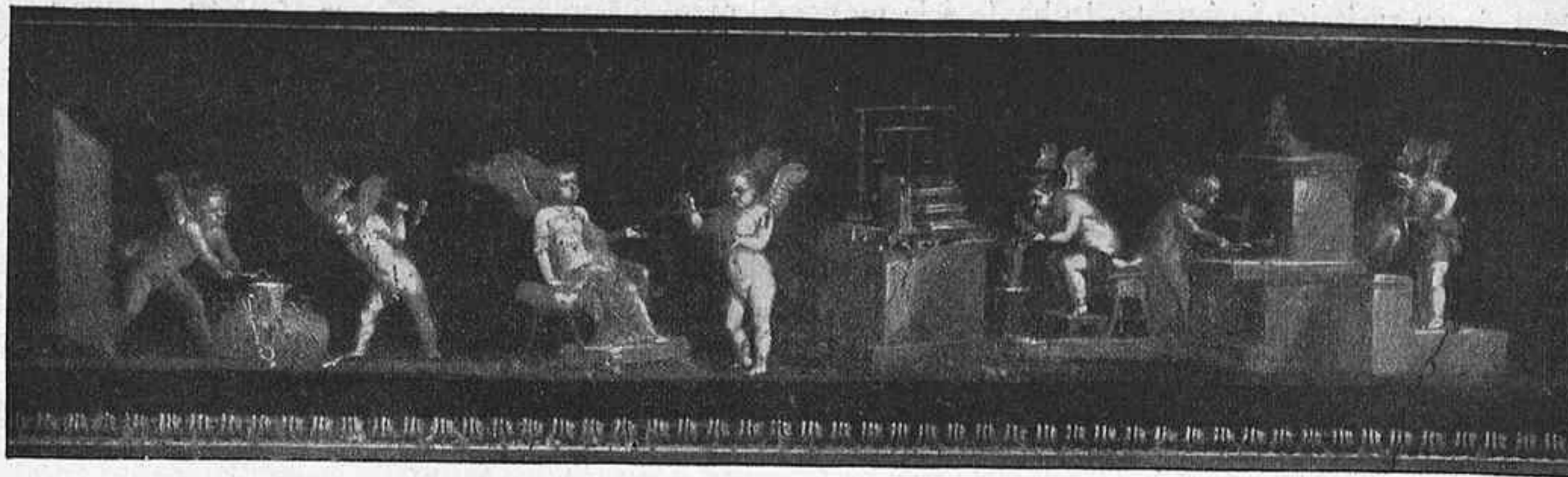
— María — dijo Fernanda alzando la cabeza, — no juzguemos así á los que pueden darnos lecciones... La culpa habrá sido mía también esta vez; no habré sabido implorar, ni agradecer, ni retener, ni decirle á mi marido todo lo que debe decirse para cautivar una voluntad y ablandar un alma. ¿Y sabes por qué no supe? ¡Lo dice quien conoce las almas mejor que tú y que yo! No supe... porque... ya no quiero á mi marido.

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS HECHOS EN POMPEYA

LA CASA DE LOS VETTI

Desde que á mediados del siglo pasado comenzaron las excavaciones en la ciudad sepultada por las lavas del Vesubio en el año 79 de nuestra era, la antigua Pompeya ha ido surgiendo de la tierra que la ocultaba, y cada día se realizan allí nuevos descubrimientos, sobre todo desde que el gobierno italiano da gran impulso á los trabajos. El director de éstos, el ilustre profesor Fiorelli, ha muerto recientemente y de su fallecimiento nos ocupamos en tiempo oportuno; pero sus discípulos, entre ellos el ingeniero Cozzi en primer término, prosiguen con ardor la obra del gran arqueólogo.

A Cozzi se debe el éxito feliz de las últimas excavaciones que han puesto al descubierto una casa, la de los Vetti, la más importante sin duda de cuantas hasta ahora se han descubierto en Pompeya. La familia de los Vetti contábase entre las más ilustres de la ciudad, y sus miembros, que ocuparon los puestos más elevados en la administración, eran seguramente gentes que sabían vivir y apreciar en todo su valor las comodidades del hogar. El es-



Fragmento de un friso de amorcillos del triclinio de la casa de los Vetti



Pared de uno de los salones de la casa de los Vetti

pacioso edificio cubre toda una ínsula, ó como hoy diríamos, una manzana, y aunque su disposición, por ser la misma que la de las demás casas de Pompeya, no enriquece el caudal de nuestros conocimientos acerca de la vida privada de los antiguos habitantes de aquella, ofrecen interés grandísimo las obras de arte que en gran número contiene, y algunas de las cuales, como las pinturas murales, están admirablemente conservadas. También se han encontrado multitud de estatuillas; pero es muy probable que entre ellas no haya las que debieron ser más notables, cabiendo suponer que los dueños de aquella mansión, advertidos por los temblores y por algunos fenómenos naturales, huyeron de allí antes de que se consumara la catástrofe, llevándose consigo los objetos más preciosos: las pinturas de las paredes no pudieron naturalmente llevarse, y por esto se han conservado para la posteridad.

Después de atravesar un estrecho vestíbulo, cuyos muros están cubiertos de inocentes pinturas alegóricas cuyo objeto era ahuyentar los maleficios de cualquier enemigo que pasara por delante de la casa, péntrase en el atrio, es decir, en el salón, en cuyo centro está la taza en donde se recogía el agua de lluvia: en aquella pieza congregábase durante el día la familia; allí charlaban las mujeres y allí jugaban los niños. En cuanto á los hombres, su vida transcurría en su mayor parte fuera del hogar doméstico, en la calle y en el foro. A ambos lados del atrio ábrense una porción de pequeñas habitaciones que servían de dormitorios: también se encuentran allí el *sacrarium*, ú oratorio, y la cocina. Después del atrio viene la parte más hermosa del palacio, el peristilo, el jardín rodeado de pórticos, y aunque ha aparecido bastante arruinado, su estado permite formarse idea completa de la magnificencia de aquel lugar que debieron adornar multitud de estatuas, colocadas sobre zócalos de mármol, fuentes y mesitas sostenidas por quimeras: de unas y otras subsisten algunas todavía.

A los dos lados del peristilo hay otras tantas sa-

las llenas de pinturas, y aun cuando es de suponer que éstas son obra de artistas de la región, no tendrían nada de particular que fuesen debidas á artistas romanos, á quienes solían llamar con frecuencia los hombres ricos de las provincias para confiarles el decorado de sus palacios. Pompeya en aquella época, cuando el mar llegaba hasta sus murallas, era una ciudad mercantil en extremo floreciente y mantenía muchas relaciones con Roma, y además por su hermosa situación constituía una residencia de verano muy estimada por los habitantes de las grandes ciudades. El autor de aquellas pinturas es desconocido, pero su obra le acredita de artista de gusto y de talento. Las tres paredes de cada sala están adornadas con frescos ornamentales y en el centro hay un cuadro de unos cuatro metros: dos de nuestros grabados reproducen, el uno una parte de estas paredes, y el otro uno de los cuadros centrales que representa á Ixión atado á la rueda. Este personaje mitológico dió muerte, como es sabido, á su suegro Deyoneos, acción perversa que indignó á los dioses y á los hombres, los cuales se negaron á purificarle de su crimen; sólo Júpiter se apiadó de él, llevándole al Olimpo y sentándole á su mesa, beneficios que aquél pagó requiriendo de amores á la diosa Juno, esposa de su bienhechor: éste en castigo de su ingratitude mandó á Mercurio que atase al ingrato á una rueda de fuego alada y lo lanzase al aire hasta dejarle en los infiernos. La varonil figura del centro del cuadro es Mercurio que ejecuta la orden de Júpiter; la que está á su lado debe ser su auxiliar Hefestos: la matrona que aparece sentada á la derecha es Juno, que con majestuoso ademán aprueba la sentencia dictada contra Ixión.

El otro fresco central representa de una manera perfectamente clara á Hércules matando las serpientes que Juno le enviara para acabar con su vida.

En uno y otro, el artista se separó un tanto de la tradición mitológica. En efecto, en el primero faltan las serpientes con que, al decir de aquella, fué Ixión atado á la rueda; en el segundo, Hércules es un niño ya crecido, al paso que, según la tradición, era casi recién nacido cuando Juno quiso desembarazarse de él por aquel medio, véngandose de esta suerte de la infidelidad de su esposo.

Las pinturas están bastante bien conservadas, y gracias al cuidado con que se procede en aquellos trabajos de excavación, apenas han sufrido deterioros al



Miniatura del triclinio de la casa de los Vetti

separar la masa de tierra y lava que como á todos aquellos tesoros las cubría.

No menos magnífica es la ornamentación del amplio triclinio, el comedor, lo cual no es de extrañar, porque el comer y el beber eran cosas de suma importancia entre los romanos del tiempo del Imperio. Un friso de un gusto exquisito corre á lo largo de las paredes de esta estancia: representa diversas escenas de la vida ordinaria, pero los personajes son amorcillos, lo cual no es nada nuevo tratándose de Pompeya, y antes bien responde perfectamente al gusto de la época; pero este friso tiene sobre todos los demás de este género que de aquella antigua ciudad se conservan el mérito de una frescura y de una naturalidad que ninguno de los otros ofrece en tan alto grado. Entre los asuntos en el friso representados hay una tienda de coronas, un batán y una carrera de caballos; pero el más bellamente ejecutado es el taller de un joyero que otro de nuestros grabados reproduce: en el centro está sentada la rica compradora que se hace pesar por el artífice la joya escogida; á la derecha un obrero golpea sobre el yunque, y detrás de él su compañero está al cuidado del horno de fusión, cuyo fuego atiza un aprendiz con el fuelle; á la izquierda otros dos obreros forjan el oro, poniendo en esta faena todas sus fuerzas. No creemos necesario insistir acerca de la importancia que esta graciosa pintura tiene desde el punto de vista de la historia de la civilización. Los asuntos de las pequeñas y delicadas miniaturas que adornan las paredes del triclinio son



IXIÓN ATADO Á LA RUEDA, cuadro central de una pared del salón de la casa de los Vetti

marcadamente dramáticos: el de la que nuestro grabado reproduce representa el sacrificio de Ifigenia.

Los grabados que publicamos no son más que una pequeñísima muestra de los muchos tesoros artísticos que entre las ruinas de Pompeya se han descubierto últimamente, cuya reproducción total llenaría un voluminoso libro; pero por ellos pueden imaginarse nuestros lectores adónde alcanza la importancia del hallazgo.

El director de las excavaciones, de Petra, se propone publicar una monografía acerca del descubrimiento de la casa de los Vetti: el libro tendrá indudablemente gran interés para los arqueólogos y para todas las personas ilustradas y logrará entusiasta acogida, porque ese sabio profesor ha sabido interpretar y satisfacer los deseos sentidos, si no expresados, por los aficionados á la arqueología, haciendo por primera vez que la casa de los Vetti subsista en el sitio donde fué descubierta tal como estaba en sus tiempos: hasta ahora los cuadros y demás objetos de arte y utensilios que allí se encontraban eran depositados unos en el gran museo de Nápoles y otros en el pequeño de Pompeya, con lo cual se despojaba de una gran parte de su interés á las ruinas de los edificios que se iban descubriendo y perdían poca importancia los objetos mismos, separados de los lugares á los cuales servían de ornamento; en lo sucesivo, la imagen del brillante pasado se alzará nuevamente en el lugar en que antes estaba con todo el relieve y la exactitud posibles de la realidad misma. — X.

LOS PEQUEÑOS ENAMORADOS

Narración original de CARLOS FRONTEIRA

Una sencilla al par que tierna y conmovedora historia de dos jóvenes á quienes el cielo destina á amarse desde las mismas fuentes bautismales constituye el argumento de esta preciosa novela, en la cual su popular autor ha demostrado una vez más su inagotable inventiva, la galanura y lozanía de su estilo, y sobre todo que jamás descuida la sana moral que siempre ha campeado en sus obras.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

SOR CLEMENCIA

novela de costumbres por ENRIQUE PEREZ ESCRICH

AUTOR DEL MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

CARRERAS-CAZA

EMBROCACIÓ MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM-ORLEANS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PATERSON

PASTILLAS y POLVOS
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al VINO de QUINA de Aroud.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

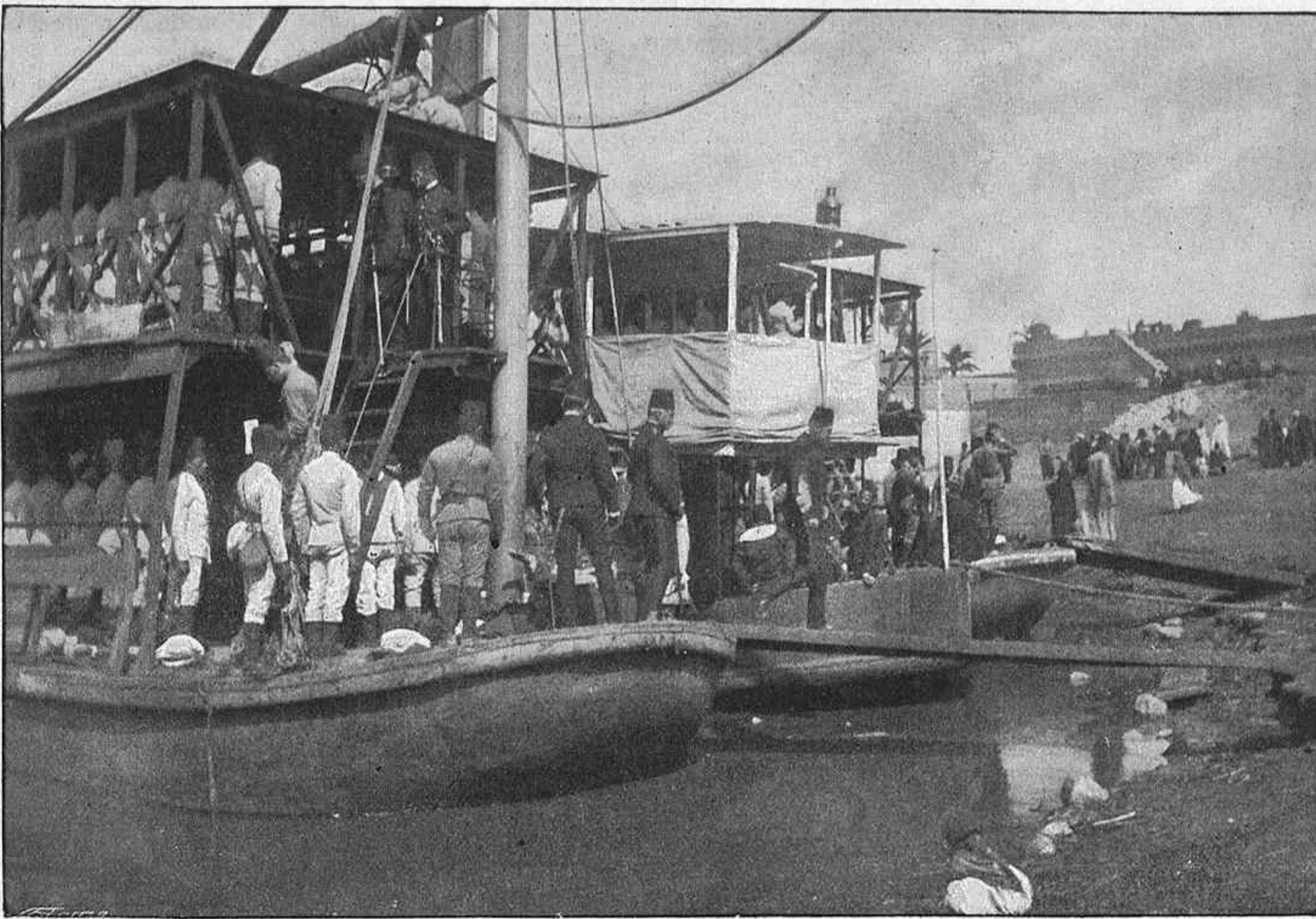


CYCLES IMPERATOR

DUGOUR Y C., constructores al por mayor
81, Faubourg, Saint-Denis, Paris
Velocipedos de precisión, modelo 1896
Soberbios neumáticos. Fr. 150

Catálogo ilustr. gratis.—Exportación

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.



LA EXPEDICION AL SUDAN. — EMBARQUE DE LAS TROPAS EXPEDICIONARIAS EGIPCIAS

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

EL MUNDO COMO VOLUNTAD Y COMO REPRESENTACIÓN, por *Arturo Schopenhauer*. Pocas eran las obras del ilustre filósofo que hasta ahora se habían traducido á nuestro idioma, y nada se conocía de su obra fundamental que acaba de publicar la conocida casa editorial madrileña *La España Moderna*.

En la obra que anunciamos, como en todas las de Schopenhauer, júntese la profundidad y originalidad de su pensamiento con la amenidad y atractivo literario de una exposición clara, cualidades que dan á la obra de este filósofo un carácter espe-

cialísimo que la distingue de todas las de los demás filósofos de Alemania, donde tantas lumbreras han brillado en este ramo del humano saber.

La grandísima influencia que las obras de Schopenhauer han ejercido en todos los pensadores y literatos modernos nos releva de encomiar el grandísimo interés y la utilidad inmensa de *El mundo como voluntad y como representación*, no sólo para los aficionados á los estudios filosóficos, sino también para cuantos al cultivo de las Bellas Artes se dedican.

Correctamente traducida y esmeradamente impresa, la primera parte de esta obra, que forma dos tomos en un solo volumen de 700 páginas en 4.º mayor, se vende en las principales librerías al precio de 12 pesetas.

CUENTOS, por *Teófilo Gautier*. — La Biblioteca Selecta que con tanto éxito publica en Valencia el conocido editor señor Aguilar, acaba de dar á luz el tomo 75, que se compone de seis preciosos cuentos del reputado escritor Teófilo Gautier. Sobradamente conocido es el nombre de éste en el mundo literario, como poeta, novelista y crítico, para que hayamos de encomiar el libro que nos ocupa, y que se vende en las principales librerías al precio de dos reales.

CULTURA LITERARIA DEL PÚBLICO. — Folleto publicado en Madrid por la *Reforma literaria*, que dirige D. Manuel Lorenzo D'Ayot: contiene algunas atinadas consideraciones acerca del estado de la cultura literaria del público español en nuestros días. Véndese á dos reales.

DERECHOS DE AUTOR, por *Carlos Delcasse*. — La representación de la ópera del maestro Puccini *Le Willí*, en el teatro Politeama de Buenos Aires, sin consentimiento de la casa propietaria de la obra, que lo es la de Tito Ricordi de Milán, dió lugar á una reclamación por parte de éste ante los tribunales bonaerenses contra los empresarios de aquel coliseo señores Ciacchi y Rajneri, á quienes además de esta usurpación se imputaba el delito de falsificación por haber hecho ejecutar la ópera con una instrumentación defectuosa que en muchas partes alteraba notablemente la composición original. El distinguido letrado de la capital argentina D. Carlos Delcasse, en nombre y representación de la casa Ricordi, formuló la correspondiente demanda, que ha sido impresa y uno de cuyos ejemplares hemos recibido, en la cual con sólidos razonamientos defiende los derechos de su patrocinado que, al decir de él, están perfectamente garantizados por las leyes de aquella república: es un documento muy notable desde el punto de vista jurídico, y está además muy bien escrito. De desear sería que la demanda de la casa Ricordi prosperase y que un fallo de los tribunales argentinos asegurase la inviolabilidad de los derechos de propiedad intelectual, poniendo coto á los abusos que en esta materia se cometen en aquella y otras repúblicas americanas con grave perjuicio de los extranjeros que han concebido y compuesto una obra artística ó literaria. El folleto ha sido impreso en la imprenta de Pablo E. Coni é hijos, calle Perú, 680, Buenos Aires.

LA ESPAÑA MODERNA. — El último número de esta importantísima Revista contiene: *Memorias de un solterón*, novela, por E. Pardo Bazán; *Aventuras y desventuras de un soldado viejo*, por el general Nogués; *Final del Apocalipsis, dolora inédita*, por Campoamor; *Recuerdos ó memorias íntimas*, por José Echegaray; *El viaje de la corbeta «Nautilus»*, por Barrantes; *Los salones de la condesa del Montijo*; *La prensa internacional*, por Pero Pérez; *Crónica literaria*, por Baquero; *Crónica internacional*, por Castelar; *Notas bibliográficas*, por Posada, Dorado y Ossosio y Bernard; *Sobre la poesía de los romances de los españoles*, por Fernando Wolf, con notas de Menéndez y Pelayo, etc. — Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE **BARRAL**
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas* y *escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordina y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Cotización* y la *Energía vital*.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm., 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vias respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^{ia}, Pcos., 102, R. Richelieu, Paris.

de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el *Jarabe Laroze* se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las *gastritis*, *gastraljias*, *dolores* y *retortijones de estómago*, *estreñimientos rebeldes*, para facilitar la *digestion* y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE
al **Bromuro de Potasio**
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la *epilepsia*, *histeria*, *migraña*, *baile de S^o Vito*, *insomnios*, *convulsiones* y *tos* de los niños durante la *denticion*; en una palabra, todas las *afecciones nerviosas*.
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**
Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los **Ferruginos** contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.
ERGOTINA BONJEAN Las Grageas hacen mas fácil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas*.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores *Laënnec*, *Thénard*, *Guersant*, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRÍADOS** y todas las **INFLAMACIONES del PECHO** y de los **INTESTINOS**.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del **ros.oro** de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN